



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Comunicación Internacional

Trabajo Fin de Grado

Periodismo en zonas de conflicto

La cobertura de la trata de personas desde
la mirada de los corresponsales de guerra

Estudiante: Marta Donat Durá

Directora: Prof.^a D.^a Isabel Escribano Bourgoin

Madrid, abril 2025

RESUMEN

Este trabajo de fin de grado explora la cobertura periodística de la trata de personas en zonas de conflicto armado desde la perspectiva de los corresponsales de guerra. Analiza las narrativas predominantes, los desafíos éticos, logísticos y estructurales que enfrentan los periodistas, y el papel de sus reportajes en la visibilización de esta problemática. A través de un enfoque cualitativo, el estudio combina el análisis de contenido de piezas periodísticas y entrevistas a corresponsales, para entender cómo el periodismo puede abordar la trata en contextos bélicos de forma más comprometida y rigurosa.

Palabras clave: Periodismo de guerra, trata de personas, conflictos armados, narrativas mediáticas, corresponsales, ética periodística, visibilización, víctimas.

ABSTRACT

This thesis explores the journalistic coverage of human trafficking in armed conflict zones from the perspective of war correspondents. It analyzes the prevailing narratives, as well as the ethical, logistical and structural challenges faced by journalists, and the role their reports plays in bringing visibility to this matter. Through a qualitative approach, the study combines content analysis of journalistic pieces and interviews with correspondents to understand how journalism can address trafficking in wartime contexts in a more committed and rigorous way.

Keywords: War journalism, human trafficking, armed conflicts, media narratives, correspondents, journalistic ethics, visibility, victims.

ÍNDICE

1.	Introducción	3
1.1	Justificación	3
1.2	Objetivos y metodología.....	4
2.	Estado de la cuestión.....	5
2.1	Conceptualización del periodismo de guerra.....	5
2.2	Definición y contextualización de la trata de personas en conflictos armados....	9
2.3	Cobertura mediática de la trata de personas.....	13
3.	Marco teórico	16
3.1	Teoría del Agenda-Setting.....	16
3.2	Teoría del <i>Framing</i>	19
4.	Análisis y discusión	21
4.1	Visibilidad de la trata de personas en conflicto: <i>Agenda-Setting</i>	22
4.2	Construcción de la narrativa: <i>Framing</i>	28
4.3	La limitación en la cobertura	35
5.	Conclusiones y propuestas	42
6.	Bibliografía	45
7.	Anexos	50

1. Introducción

La trata de personas es una de las formas más graves de vulneración de los derechos humanos y, sin embargo, su presencia mediática en contextos de conflicto armado sigue siendo limitada, parcial, y en muchos casos, anecdótica. A pesar de que los escenarios bélicos, aumenten significativamente la vulnerabilidad de las víctimas, los medios se centran en otros aspectos del conflicto, dejando de lado este tipo de fenómenos que explotan al ser humano. El conflicto es el caldo de cultivo perfecto para las redes de crimen organizado que se benefician de la inestabilidad institucional, la inmigración ilegal y la desprotección de la sociedad. Este trabajo de fin de grado se centra en la cobertura periodística de la trata de personas en zonas de conflicto desde la mirada de los corresponsales de guerra, con el objetivo de analizar cómo se visibiliza esta problemática, qué marcos narrativos predominan y qué dilemas éticos enfrentan quienes informan desde el terreno.

1.1 Justificación

La relevancia de este estudio radica en comprender el papel que juegan los periodistas en la construcción del discurso público sobre la trata, especialmente en contextos extremos como los conflictos armados. Los corresponsales no solo actúan como transmisores de información, sino que también participan activamente en el proceso de selección y encuadre de los hechos, influyendo así en la agenda pública y en la percepción social del problema. La trata de personas constituye un fenómeno devastador que afecta a millones de mujeres, niños y hombres en todo el mundo. A pesar de su gravedad, sigue siendo una realidad a menudo silenciada o abordada de forma sensacionalista. Este trabajo busca demostrar como el periodismo puede dar luz y voz a una problemática que continúa en la oscuridad de la ignorancia. En este contexto, los corresponsales de guerra, como representantes directos de los medios en el terreno, pueden desempeñar un papel clave como agentes de denuncia y sensibilización. Para ello, la investigación se sustenta en dos marcos teóricos fundamentales dentro de los estudios de comunicación: por un lado, la teoría del *Agenda-Setting*, que analiza cómo los medios contribuyen a determinar qué temas adquieren visibilidad; y por otro, la teoría del *Framing*, que permite examinar cómo se construyen las narrativas informativas y con qué significados son transmitidas al público.

1.2 Objetivos y metodología

El principal objetivo del estudio es analizar la representación mediática de la trata de personas en contextos de guerra desde la perspectiva de los corresponsales de guerra, prestando atención tanto a los aspectos narrativos como éticos de su labor. En especial, evaluando su papel en la visibilización y encuadre del problema.

Objetivos específicos:

- Comprender los factores que determinan la inclusión o exclusión del tema en la cobertura periodística.
- Explorar los enfoques y narrativas dominantes en los relatos sobre trata: emocional, criminal, estructural o humanitario.
- Reflexionar sobre los límites éticos, profesionales y estructurales que enfrentan los profesionales al narrar una realidad que combina conflicto, explotación y sufrimiento.
- Investigar la relación entre los conflictos armados y el aumento de la trata de personas.

En cuanto a la metodología, este trabajo adopta un enfoque cualitativo a través de entrevistas semiestructuradas y del análisis de contenido de piezas periodísticas buscando analizar tanto los criterios de selección de los temas como los marcos narrativos empleados.

Metodología cualitativa basada en:

- Revisión de la literatura: se ha realizado un análisis de fuentes académicas sobre las teorías del *Agenda-Setting* y del *Framing*, así como sobre la cobertura periodística de la trata de personas y el papel de los corresponsales en zonas de conflicto.
- Entrevistas a corresponsales de guerra: Se llevarán a cabo tres entrevistas semiestructuradas a profesionales del periodismo de guerra —dos reporteros y un fotoperiodista— con experiencia en coberturas en contextos de violencia armada.
- Análisis de contenido de reportajes seleccionados: Se estudiará qué tipo de cobertura se realiza sobre la trata de personas en conflictos armados, qué elementos narrativos predominan y qué temas se omiten.

Metodología cuantitativa:

- Recopilación de datos
 - o Cifras de aumento de la trata de personas en general y en casos concretos de guerra
 - o Porcentaje equivalente de noticias al respecto

Hipótesis 1: ¿Se visibiliza el tema de la trata de personas en contexto de conflicto?

Hipótesis 2: ¿Qué narrativa predomina a la hora de cubrir esta problemática?

Hipótesis 3: ¿Ha aumentado la importancia de este tema o no?

2. Estado de la cuestión

La trata de personas es un fenómeno global que afecta a millones de mujeres y niños que son explotados sexual y laboralmente. En contextos de conflicto bélico, tales como Siria, Irak o Ucrania, la vulnerabilidad del entorno facilita la inmigración ilegal, la explotación y consigo la trata y el tráfico de personas. El colapso de las instituciones, la proliferación de grupos armados y la falta de protección permiten que esto suceda. La guerra es el caldo de cultivo perfecto para que los traficantes actúen. Tal como declaró el Secretario General de la ONU, António Guterres: «Para los depredadores y los traficantes de personas, la guerra no es una tragedia, es una oportunidad» (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2022).

Ante ello, los medios de comunicación pueden servir para desmontar estas redes y dar voz a los millones de víctimas afectadas. El periodismo de guerra ha documentado episodios de trata de personas, pero de forma limitada y a menudo con un enfoque sensacionalista. Los corresponsales se enfrentan a múltiples barreras como la inseguridad, la censura y los desafíos logísticos. A pesar de ello, el potencial de los medios para visibilizar este fenómeno es enorme. Sin embargo, la literatura actual sobre la relación entre trata y conflicto no es abundante, así como la cobertura mediática de esta problemática.

2.1 Conceptualización del periodismo de guerra

El periodismo de guerra se define como «la cobertura de los conflictos armados, enfrentamientos y situaciones de guerra por parte de los medios de comunicación» (ESNECA,

2025). Los periodistas se enfrentan a riesgos extremos para informar acerca de la realidad de lo que ocurre sobre el terreno. Asimismo, la inmediatez, la proximidad al conflicto y los dilemas éticos complejos son el campo de batalla diario. Según autores como Philip Knightley, en su obra *The First Casualty*, esta forma de periodismo implica una tensión constante entre informar con objetividad y cumplir con las restricciones impuestas por actores en conflicto, ya sean gobiernos, fuerzas militares o grupos insurgentes. El nacimiento del periodismo de guerra se remonta al siglo XIX con sus primeras manifestaciones en las guerras napoleónicas. No obstante, hasta la Guerra de Crimea (1854-1856) no aparece el primer periodista de guerra reconocido, William Howard Russell, enviado por el periódico *The Times* en Londres. Su estilo revolucionario denuncia críticamente las condiciones de vida de los soldados británicos impactando en la opinión pública y generando un cambio en las políticas y en la mejora de la atención médica. Gracias a Russell, el periodismo de guerra empieza a construirse como una forma estructurada de cubrir conflictos. Inicialmente, las noticias se transmitían mediante escritos a mano que tardaban semanas en llegar a su destino. Sin embargo, con la invención del telégrafo y el surgimiento del fotoperiodismo de guerra, los periódicos consiguen informar más rápidamente e influir en la población como fue el caso de la Guerra Civil Americana (1861-1865). Este conflicto da comienzo a la «Era Dorada» de los corresponsales que terminaría con la Guerra Franco-Prusiana. Este período está caracterizado por un estilo más sensacionalista y propagandístico, impulsado por la competencia entre periódicos. En los últimos dos siglos, XX y XXI, el periodismo de guerra ha vivido grandes transformaciones como la cobertura en tiempo real, la digitalización, las redes sociales y la desinformación. Así mismo, al finalizar la Guerra Fría y con los ataques terroristas del 9/11 comienza un nuevo paradigma, «La Guerra Contra el Terror» que influye en la cobertura de los conflictos.

El periodismo de guerra difiere completamente del periodismo convencional, ya que opera bajo un marco de inestabilidad, inseguridad y acceso restringido a la información. Atrae a una gran audiencia, involucrando a las personas tanto emocionalmente como intelectualmente. Las historias de guerra siempre han formado parte de la cultura popular de las poblaciones, generando discursos sobre héroes y enemigos en los que siempre existe un bueno y un malo. La audiencia se posiciona dependiendo de con quién se identifica y en muchas ocasiones eso depende de cómo los medios de comunicación presentan cada una de las partes (Nohrstedt, 2009). Por tanto, el periodismo de guerra va más allá de una mera narración de los acontecimientos. Este tiene el potencial de cambiar la narrativa y la interpretación de los hechos explicando y deconstruyendo la guerra para dar forma a su comprensión pública. Además, sirve

para desentrañar las motivaciones subyacentes y desenmascarar las agendas políticas que impulsan las hostilidades. En este sentido, algunos reporteros consideran que es fundamental dar voz a las víctimas y oprimidos para así exponer las injusticias y generar conciencia del impacto de la violencia en la sociedad. Por ejemplo, Martin Bell, en su cobertura en la guerra de Bosnia criticó la tradicional «objetividad» dentro del periodismo de guerra argumentando que no se puede ser neutral ante el sufrimiento humano (Shinar & Kempf, 2007). Herbert Matthews, quién cubrió la Guerra Civil Española, también se posicionó en contra de una objetividad absoluta y declaró la importancia de comprometerse con la realidad que se cubre (McLaughlin, 2016). Sin embargo, aunque el periodismo pueda dar voz a los sectores vulnerables, también puede ser utilizado como una herramienta de propaganda en la que los bandos del conflicto buscan influir en la opinión pública (McLaughlin, 2016). A través de la manipulación informativa, se modifican los discursos para justificar la guerra u ocultar violaciones de derechos humanos distorsionando la realidad en favor de cuestiones estratégicas y políticas. Ante este fenómeno, surge un gran debate sobre la objetividad e imparcialidad en contexto bélico. Por un lado, algunos defienden una cobertura mediática completamente neutral, mientras que otros argumentan que un exceso de objetividad puede ser perjudicial a la hora de denunciar crímenes de guerra y que un posicionamiento ético es necesario. Casos como el de Robert Fisk o John Simpson defienden que el corresponsal de guerra es un mero observador que no debe participar, sino ser fiel a los hechos. Como dijo John Simpson: «nuestro trabajo es informar, no tomar partido». No obstante, los periodistas antes mencionados opinan lo contrario. Este dilema se relaciona con el concepto de «periodismo de adhesión» o «periodismo comprometido», que plantea si, en contextos de atrocidades, es legítimo que el periodista adopte una postura en favor de los derechos humanos y la justicia en lugar de mantener una estricta neutralidad (McLaughlin, 2016). Es por ello, que el periodismo de guerra posee una gran complejidad no solo en los riesgos a los que se enfrenta sino también en cuestión del código ético bajo el que opera. La objetividad y la imparcialidad son principios básicos del periodismo (Shinar & Kempf, 2007), no obstante, aplicar una absoluta objetividad en este contexto puede llevar a una cobertura sesgada hacia una «orientación bélica» basada en la información militar y una mera descripción de las ofensivas y bajas técnicas. En consecuencia, surge una nueva terminología conocida como «periodismo de paz» que ese centra en la explicación del escenario de guerra, las partes involucradas y las posibles soluciones *win-win* en la que ambos bandos puedan llegar a salir beneficiados (Shinar & Kempf, 2007). En segunda instancia, la veracidad y la presentación del contexto forman parte también de este código ético. Para que los ciudadanos comprendan la guerra, es necesario exponer los antecedentes, causas

y consecuencias detrás de la misma. Una comprensión superficial e incorrecta de los hechos puede llevar a una sobre simplificación en la que las partes se dividan en «buenos y malos» ignorando la problemática desde una perspectiva global. Es crucial que se verifiquen las fuentes, sin depender únicamente de las fuentes oficiales que a menudo están manipuladas por los entes políticos. Por ejemplo, emplear testimonios directos, información de organizaciones internacionales y no gubernamentales, así como documentos independientes. El principal objetivo es evitar la desinformación y la propaganda, proporcionar una información amplia que explique las causas profundas del conflicto y analizar las consecuencias para permitir una comprensión crítica de la guerra.

No obstante, más allá de los dilemas éticos y la manipulación de la información, los corresponsales de guerra también se enfrentan a una serie de riesgos y desafíos que amenazan su integridad física y mental. La labor de los periodistas no solo los expone a la censura e instrumentalización política, sino también a peligros como la muerte, el secuestro, las lesiones, el acoso e incluso el encarcelamiento. En situaciones donde la guerra transgrede las reglas del derecho internacional, los periodistas pueden ser objeto de ataques intencionados por parte de regímenes autoritarios, grupos armados o incluso entidades que intentan opacar la divulgación de determinados sucesos. Como señalaba, Howard Russell, pionero del periodismo de guerra, ejercer esta labor conlleva enfrentar grandes dificultades y sacrificios. Él mismo se describió como «el miserable padre de una tribu desgraciada», resaltando las duras condiciones bajo las que trabajan los corresponsales. La violencia contra los periodistas en zonas de conflicto es una problemática documentada por organizaciones como el International Press Institute (IPI) en Viena y el Committee to Protect Journalists (CPJ) en Nueva York. Según sus informes, entre 1997 y 2024, han fallecido 2074 periodistas, en su mayoría mientras cubrían guerras o conflictos de alguna índole. En numerosas ocasiones, estos ataques no son sucesos independientes, sino estrategias intencionadas para prevenir que determinadas historias sean transmitidas a la opinión pública. En recientes conflictos, los periodistas han sido blanco de ataques aéreos, ejecuciones sumarias, secuestros o han desaparecido sin dejar rastro. En los frentes de batalla, las reglas pueden ser imprecisas y el respeto por la prensa es cada vez más escaso, por ello cualquier situación que sea considerada una amenaza para el adversario, ya sea una mirada o presencia sospechosa, puede derivar en abrir fuego sin mayor justificación (McLaughlin, 2016). Aparte del riesgo físico, los corresponsales de guerra lidian con el inevitable trauma psicológico que también sufren las fuerzas armadas. La constante exposición a la violencia extrema y al sufrimiento humano puede dejar un impacto devastador en la salud

mental de los periodistas. Investigaciones del Dart Centre for Journalism and Trauma revelan que uno de cada tres reporteros de guerra sufre Trastorno de Estrés Postraumático (TEPT). Estos factores son clave para comprender que la cobertura de la trata de personas en los conflictos se realiza bajo un marco muy concreto y de difícil acceso a la información, en la que la vida de los corresponsales está en juego. En este escenario, el periodismo de guerra se transforma en un acto de resistencia y compromiso con la verdad, enfrentando no solo la violencia del conflicto, sino también con la presión de intereses que buscan manipular o silenciar la información.

2.2 Definición y contextualización de la trata de personas en conflictos armados

El concepto de trata de personas es definido por el Protocolo para Prevenir, Reprimir y Sancionar la Trata de Personas, Especialmente Mujeres y Niños (en adelante, «el Protocolo de Palermo») como: «la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos». Esta definición, adoptada en el año 2000, representó un hito en el consenso internacional sobre la trata de personas. Hasta finales de los años 90, este delito solía asociarse erróneamente con otras prácticas, como la facilitación de la inmigración irregular. El Protocolo de Palermo, promovido por Naciones Unidas, no solo proporcionó la primera definición internacionalmente aceptada de la trata de personas, sino que también introdujo un nuevo enfoque basado en las «tres P»: Prevención, Persecución y Protección. Gracias a este marco, en las últimas décadas, el tráfico de personas se ha consolidado como una problemática de alcance global, situando a la Asamblea General de las Naciones Unidas como un actor clave en la investigación y protección de las víctimas. Desde 2010, se adoptó un Plan de Acción Mundial de las Naciones Unidas para Combatir la Trata de Personas con el objetivo de facilitar la cooperación entre los Estados Miembros. El último informe de 2024 incluye datos de 156 países, logrando la mayor cobertura desde la implantación de la primera edición del Informe Global de la ONU (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2024). Los principales organismos de la ONU que luchan contra la trata de personas son la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el

Delito (UNODC), la Organización Internacional del Trabajo (OIT) enfocada a la trata para fines de explotación laboral, el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (ACNUR), ONU Mujeres y finalmente UNICEF.

Sin embargo, para comprender la magnitud de este crimen, es necesario ir más allá de su definición legal y analizar su funcionamiento en la práctica. La trata de personas no solo implica el traslado forzado de individuos, sino que abarca un entramado complejo de explotación que varía según el contexto y los grupos afectados. A pesar de que la explotación sexual sea una de sus manifestaciones más visibles, este fenómeno también incluye trabajo forzado, esclavitud moderna, mendicidad, extracción de órganos y cualquier reclutamiento para actividades delictivas. De hecho, hoy en día la explotación laboral suma el mayor número de víctimas traficadas en el mundo superando las traficadas sexualmente. Esta explotación abarca diversos sectores desde el trabajo doméstico, la agricultura, la minería o la construcción (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2024). En cuanto al tráfico sexual, las mayores víctimas son mujeres y niños que son abusados, prostituidos y utilizados para espectáculos de cámaras web y llamadas de cibersexo, entre otros. En general, el perfil de las víctimas en cuanto a edad alcanza el 62% de personas adultas y el 38% de niños (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2024). El sexo femenino sigue siendo el más vulnerado en todas las ocasiones, así como los inmigrantes y refugiados. Cabe destacar, que el combate de la trata de personas debe realizarse bajo un marco integral y comprensivo teniendo en cuenta tanto el país de origen, como el de tránsito y el destino final. Existen diversos perfiles de las víctimas de trata, la mayoría de ellas son identificadas en su país de origen. Según un informe de la ONU, de 2010 a 2016 aumentó de un 27% a un 58% la identificación de las víctimas locales, lo cual determina que las autoridades están más preparadas para el control de sus fronteras reduciendo así la trata transfronteriza. No obstante, existe un gran número de víctimas que son inmigrantes irregulares que han huido de sus países de origen debido al conflicto, la inestabilidad política, desastres naturales, pobreza y escasas oportunidades laborales. Factores como la falta de conocimiento del país de origen y su idioma, documentación, visados o permisos de trabajo les sitúa en una posición de mayor desprotección que facilita su explotación. Es más, el reporte destaca especialmente la alta vulnerabilidad de los refugiados e individuos que residen en zonas conflictivas, donde los traficantes aprovechan la urgencia de escapar de la guerra y la persecución para conducirlos a la explotación (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2024)

Por otro lado, a pesar de que se tenga la concepción de que los traficantes operan de forma irregular y con redes fluidas, la mayor parte de ellos lo hacen bajo un marco de delincuencia organizada con el objetivo de explotar el mayor número de víctimas posible. Los grupos de delincuencia organizada más comunes son el empresarial y el gubernamental. No obstante, también existen los traficantes individuales o las asociaciones de dos o más individuos. Las principales formas de reclutamiento se realizan en escenarios vulnerables en los que prima la pobreza, la desigualdad social, la marginalización, las dificultades económicas y el desplazamiento debido al conflicto o al cambio climático. Estas condiciones crean el entorno perfecto para la explotación, ya que las personas se encuentran en una posición desesperada y desigual. Los grupos de crimen organizado suelen utilizar el engaño y las falsas promesas como fuente principal de reclutamiento, convenciendo a las víctimas de que se les ofrecerá de un trabajo, una educación, etc. Asimismo, las familias pueden formar parte de este proceso, de manera consciente o inconsciente, entregando a uno de sus familiares a cambio de dinero. La pobreza extrema y la falta de recursos básicos puede llevar a las familias a concebir esta alternativa como la única posible para salir adelante (Nelson, Guthrie, & Coffey, 2004). Por otra parte, los traficantes suelen colaborar o hacerse pasar por contrabandistas de inmigrantes para explotar a aquellos que buscan una nueva vida a través de rutas migratorias. En este caso, sucede algo similar a la situación de engaño, se les promete que pagando un monto cruzarán las fronteras y serán libres cuando a su llegada e incluso durante el trayecto son víctimas de explotación laboral, abuso sexual o trata con fines de esclavitud moderna. Finalmente, hoy en día, otro de los principales métodos de reclutamiento se realiza a través de plataformas en línea y redes sociales. En especial, los traficantes captan a personas jóvenes ofreciéndoles falsas oportunidades, lo que las lleva a ser explotadas en actividades delictivas como fraudes en línea o ciberdelitos. Bajo coerción, las víctimas son obligadas a participar en estafas y otros actos ilegales sin su consentimiento. (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2024). Estos métodos de reclutamiento se alimentan de los métodos de control para mantener a las víctimas en un ciclo vicioso del que no pueden salir. En primer lugar, utilizan la violencia física, las amenazas y la intimidación. Los traficantes recurren al abuso emocional, el aislamiento forzado y las amenazas contra las víctimas y familiares que se encuentran en el país de origen para que no intenten escapar ni denuncien la situación. En segundo lugar, emplean un gran control financiero sobre las víctimas generando una dependencia económica entre el traficante y el traficado. A menudo, se implantan sistemas de servidumbre por deudas, sistemas de multas arbitrarias o sistemas de préstamos falsos para reforzar la dependencia. En tercer lugar, existe una gran manipulación psicológica e incluso una coerción cultural. En casos

de África Occidental, emplean los rituales de «juju» para atemorizar a las víctimas y hacerles que creen que sufrirán maldiciones si intentan huir. Finalmente, los inmigrantes traficados pueden ser privados de su libertad siendo retenidos en almacenes o casas privadas hasta que paguen las tarifas de contrabando. Asimismo, a aquellas víctimas traficadas sexualmente se les priva de emigrar confiscando sus documentos personales y explotando vulnerabilidades como el consumo de drogas o la falta de vivienda.

Las víctimas de trata se encuentran atrapadas en un ciclo de explotación del que es difícil escapar. Sin embargo, este ciclo es aún implacable en escenarios de guerra, donde las víctimas no solo deben enfrentarse a la explotación, sino también a la inseguridad y al colapso de las instituciones que podrían protegerlas. Por ello, es clave comprender que el estudio se centra en un tipo concreto de trata que es el que ocurre en situaciones bélicas y que, por tanto, supone una mayor vulnerabilidad de la víctima. La relación entre el tráfico de personas y las zonas de conflicto es un problema inminente. Las crisis humanitarias resultantes de la guerra generan desplazamientos masivos de población, aumentando la cantidad de personas en riesgo de ser explotadas. En estos casos, los traficantes no solo se aprovechan de la vulnerabilidad de los migrantes y refugiados, sino que en muchas ocasiones los grupos armados y milicias recurren a la trata como un medio de financiamiento o control. Es más, en 2020, antes de la escalada de los conflictos de Afganistán y Ucrania, el 12% de las víctimas de trata detectadas provenían de un país en conflicto (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2022). El contexto de guerra genera causas estructurales debido a la ausencia de organismos representativos del Estado, la inestabilidad política y la ineficacia legal que permite que las redes de tráfico se muevan sin consecuencias. La impunidad legal y la ruptura del estado de derecho llegan también a los puestos policiales y fronterizos, facilitando aún más este delito. En las últimas décadas, el mundo ha experimentado una creciente tendencia a los conflictos violentos, lo que ha provocado que la comunidad internacional preste mayor atención a la relación entre trata y contienda. Según Instituto de Investigación para la Paz de Oslo (PRIO), el año 2023 fue el año más violento y con el mayor récord en número de conflictos armados desde 1946 (Infobae, 2024). Esta tendencia de aumento de la violencia global resalta aún más la urgencia de abordar el vínculo entre los conflictos y la trata de personas. Como podemos observar en la Figura 1, la trata en situación de conflicto puede dividirse en dos tipos. En primer lugar, aquellos que son explotados en la propia zona de guerra para actividades como la esclavitud sexual, ser portadores de armas en las milicias, el reclutamiento de niños para los grupos armados, el trabajo laboral forzoso en la extracción de minerales, diamantes y oro y

finalmente mujeres explotadas para matrimonios forzados. En segundo lugar, aquellos que son explotados mientras huyen de las zonas de guerra para actividades similares ya sea la explotación sexual, el matrimonio forzoso o la esclavitud en la industria u otros sectores. Cabe destacar que el tráfico de personas no solo se exacerbaba durante el período de la guerra sino también en los momentos posteriores al conflicto. Mientras que durante la contienda las formas más comunes de explotación son los niños soldados y los migrantes, en contextos de postconflicto prima la prostitución. Se ha comprobado que la llegada de las misiones de paz y otro personal internacional aumenta el número de mujeres y niñas traficadas (Nelson, Guthrie, & Coffey, 2004). Casos como los de República Democrática del Congo, Kosovo y Haití demuestran que el personal internacional se ha aprovechado de la situación postbélica de inestabilidad explotando sexualmente a las víctimas (Associated Press, 2024). El tráfico postconflicto está caracterizado por grandes necesidades económicas de la población, mujeres viudas, huérfanos y el establecimiento de campos de refugiados, entre otros. En consecuencia, muchas personas se encuentran en situación de riesgo siendo una presa fácil para las redes de trata. Por tanto, el tráfico de personas no se acaba cuando acaba la guerra, sino que cambia de forma y se ajusta a las nuevas dinámicas sociales y económicas.

Reported forms of trafficking in persons directly and indirectly related to armed conflict



Fuente: UNODC, [Global Report on Trafficking in Persons, 2018](#)

2.3 Cobertura mediática de la trata de personas

La cobertura mediática de la trata de personas ha estado marcada por una serie de estereotipos y narrativas por parte de los medios de comunicación. En general, la información

que tiene la población civil sobre esta problemática proviene de los medios y por ello a menudo se tiende a simplificar y generalizar los casos para facilitar su comprensión. No obstante, esto provoca consecuencias negativas y una visión desacertada que impacta tanto en la percepción pública como en la legislación. El primer gran momento en el que se cubrió este fenómeno fue a finales del XIX y principios del siglo XX con el pánico de «la trata de blancas». Los medios estadounidenses y británicos comenzaron a publicar artículos sobre mujeres blancas que vivían en contextos de vulnerabilidad y pobreza y eran víctimas de explotación sexual. Durante esta época, hubo un auge de la trata de mujeres y niñas blancas europeas o norteamericanas para fines sexuales, trasladándolas como concubinas o prostitutas a otros países en África, Asia o Europa del Este (Accem, 2020). En 1885, se publicaron una serie de artículos conocidos como «The Maiden Tribute of Modern Babylon» por parte del periódico británico *Pall Mall Gazette*, que narraban historias de jóvenes y niñas prostituidas en la sociedad victoriana. Este suceso generó un gran escándalo social y dio lugar a la aprobación de las primeras leyes internacionales contra la trata. A raíz de ello, se acuñó el término «trata de blancas», que posee un carácter racista y colonial. Debido a la historia de esclavitud, en especial la africana, la explotación sexual y laboral de las personas «no blancas» había sido normalizada y arraigada en la sociedad civil. Por tanto, fue solo cuando el problema afectó a mujeres blancas que los medios de comunicación comenzaron a centrarse en la cuestión, lo que resultó en la implementación de medidas legales (Accem, 2020). Hoy en día, sigue utilizándose esta terminología que debe sustituirse por la trata de personas, un concepto más amplio y acertado que afecta todo tipo de víctima y de trata, no únicamente las mujeres blancas forzadas sexualmente. La trata de personas es una nueva forma de esclavitud moderna que también debe diferenciarse del concepto de tráfico de personas. El tráfico de personas hace referencia al cruce ilegal de fronteras por parte de migrantes que deciden de manera voluntaria someterse a los riesgos y peligros que esto supone. No obstante, la trata de personas alude a un delito contra los derechos humanos basado en cualquier tipo de explotación, que sucede de forma generalizada sin consentimiento y en el que no es necesario que exista un cruce de fronteras. A pesar de que ambos conceptos estén altamente relacionados y en ocasiones se pueden dar de forma simultánea, es importante diferenciarlos (Accem, 2021). En nuestro estudio, nos basaremos en enfoque global de la trata de blancas, aunque también trataremos el tráfico de personas debido a la relación entre migración-trata, migración-conflicto y conflicto-trata.

Como históricamente se comenzó a abordar este fenómeno desde la perspectiva de la trata de blancas, existen una serie de patrones en la representación mediática. En primer lugar,

la trata como sinónimo de explotación sexual. Los medios se centran principalmente en este tipo de trata dejando de lado otros tipos de explotación como el trabajo forzado, la mendicidad o el reclutamiento infantil para conflictos armados. De hecho, existen estudios que muestran que más de la mitad de los artículos publicados sobre la trata hacen referencia a la prostitución, la explotación sexual o la pornografía (Rodríguez-López, 2018). Para los medios estas tácticas de victimización de las mujeres y niños, y de la hipersexualización del cuerpo de la mujer generan más visitas y un impacto emocional en el lector. Es más, un informe del Departamento de Justicia de los EE.UU. (2005) declaró que un 66% de los casos de trata registrados correspondían a víctimas de explotación sexual. No obstante, esto se contradice con otros documentos de Organizaciones No Gubernamentales que revelaron que este porcentaje tan solo alcanzaba un tercio de los casos. Asimismo, un estudio de la Coalition to Abolish Slavery and Trafficking, afirmó que en Los Ángeles un 17% de las víctimas estaban explotadas para trabajo sexual mientras que un 40% se dedicaban al trabajo doméstico (Wallinger, 2010).

En segundo lugar, los medios han construido una imagen estereotipada de la víctima de la trata de personas. Mediáticamente se refuerza la idea de la «víctima ideal» como una mujer joven, indefensa e inocente, blanca y explotada sexualmente. Como se ha comentado anteriormente, las potencias mundiales comenzaron a preocuparse por esta problemática cuando afectaba a las mujeres blancas. El color de piel se asociaba a una definición social de mujer pura e inocente que podría ser «uno de nosotros» o una de las «chicas de al lado» (Rodríguez-López, 2018). Un ejemplo de ello es el artículo del *New York Times* titulado «Girls Next Door», de Peter Landesman. Este artículo expone casos de la trata sexual en los Estados Unidos, basándose en una narrativa que resuena con la audiencia del país con el objetivo de generar una reacción emocional. Se emplea una estrategia de «proximidad», centrándose en que las víctimas pueden ser mujeres comunes que incluso se encuentran en tu propio vecindario. Esta narrativa lleva a la exclusión y marginalización de otras víctimas como los hombres o las personas de color que frecuentemente se colocan en el perfil de inmigrante ilegal antes que como víctimas de explotación (Austin, 2016).

En tercer lugar, otro de los errores de la cobertura mediática es que se centra en la trata transnacional y su vínculo con la inmigración. Habitualmente se confunden los términos de contrabando y trata, que se utilizan indistintamente. Mientras que el contrabando supone la entrada ilegal, la trata requiere una acción y un propósito de explotación que no tiene por qué suponer el cruce de fronteras. Esta narrativa transfronteriza fue alimentada por la caída del

Muro de Berlín y los posteriores informes sobre la venta de mujeres y niñas pobres de Europa del Este (Rodríguez-López, 2018). Como consecuencia, la trata de personas comenzó a vincularse con los movimientos migratorios. A pesar de que migración pueda favorecer y facilitar este fenómeno, ello no debe opacar la trata nacional que pasa desapercibida. Por otro lado, esta visión transfronteriza prioriza la condición de inmigrante sobre la condición de víctima dando lugar a la desprotección. Es más, en algunos países, las políticas anti-trata han sido empleadas para endurecer las leyes migratorias. Un ejemplo de ello son los EE. UU. , donde existen diversas leyes estatales que han servido para justificar leyes de deportación masiva de inmigrantes explotados laboralmente (Wallinger, 2010). Además, los medios tienden a resaltar la nacionalidad de las víctimas reforzando la idea de que la trata está altamente relacionada con la migración.

3. Marco teórico

Para analizar la cobertura mediática de la trata de personas en zona de conflicto debemos comprender cómo los medios construyen las narrativas y qué mecanismos influyen en la presentación de los hechos. Los medios de comunicación no se limitan a reflejar la realidad, sino que son agentes activos en la construcción de la información, a través de procesos de selección, jerarquización y encuadre (McCombs, 2005). En este contexto, el presente marco teórico se desarrolla alrededor de dos perspectivas fundamentales en el ámbito de la comunicación: la teoría del *Agenda-Setting* y la teoría del *Framing*. Ambas teorías permiten explorar el papel de los corresponsales de guerra no solo como meros informadores neutrales, sino como herramientas que tienen la capacidad de influenciar la opinión pública. Por un lado, la teoría del *Agenda-Setting* se enfoca en el poder que tienen los medios para establecer qué temas tienen relevancia en la esfera pública, es decir, en determinar sobre qué se habla. Por otro lado, la teoría del *Framing*, se centra en la manera en la que los temas son presentados y enmarcados, es decir, no hace referencia a sobre qué se habla si no a cómo se habla de lo que se habla. La combinación de ambos enfoques nos proporciona una visión integral del fenómeno de la trata en contexto de guerra, ya que nos permite estudiar tanto la visibilización del fenómeno como las narrativas concretas que configuran el discurso mediático.

3.1 Teoría del Agenda-Setting

La noción de agenda se refiere al conjunto de temas que son considerados como prioritarios o relevantes por los distintos actores sociales en un momento determinado (McCombs & Shaw, 1972). En el marco de la teoría de *Agenda-Setting*, se distinguen tres tipos fundamentales de agendas, cada una asociada a un actor clave: la agenda mediática, la agenda pública y la agenda política. En primer lugar, la agenda mediática corresponde a los medios de comunicación y al grado de importancia que otorgan a ciertos asuntos en un momento dado. En segundo lugar, la agenda pública hace referencia a la opinión pública y a las temáticas que captan la atención de la sociedad o de un grupo determinado. Ambas influyen en la agenda política que alude a las cuestiones que ocupan un lugar preferente en la discusión institucional y en la toma de decisiones gubernamentales. La premisa central de la teoría del *Agenda-Setting* es que, con el tiempo, la agenda mediática moldea la agenda pública y, en consecuencia, la agenda política (McCombs & Shaw, 1972). Los exponentes fundamentales de esta teoría, Maxwell McCombs y Donald Shaw, demostraron empíricamente la relación entre la exposición mediática y la percepción de la audiencia. En 1972, publicaron un estudio con votantes indecisos sobre la campaña electoral de 1968 en Chapel Hill, Carolina del Norte. En él, midieron qué temas consideraban más importantes los ciudadanos (agenda pública) y qué temas estaban siendo más cubiertos por los medios (agenda mediática). Los resultados revelaron una alta correlación entre ambas agendas, lo que confirmó la hipótesis propuesta anteriormente por el politólogo Bernard C. Cohen. Este autor ya había sugerido que: «La prensa puede que no tenga éxito en decirle a la gente qué pensar, pero sí tiene un éxito sorprendente en decirle sobre qué pensar» (Cohen, 1963, p. 13). Es decir, aunque los medios no imponen opiniones en el público, sí influyen en los temas que el público percibe como importantes. Entre los principales indicadores de la prominencia de las noticias se encuentran la frecuencia, la duración y la ubicación de los contenidos (McCombs, 2005; McCombs & Ghanem, 2001). La frecuencia alude a la cantidad de veces que un tema es cubierto: cuanto más a menudo se cubre un tema, más probable es que el público lo perciba como relevante. La repetición constante sobre un tema en diferentes momentos y a través de diversas noticias aumenta su saliencia en la mente de la audiencia. En cuanto a la duración, esta también señala la importancia que se le atribuye a un tema. Para la televisión, son historias de una longitud significativa de al menos 45 segundos, mientras que para los periódicos y revistas puede ser una página completa o tres columnas. En definitiva, la cantidad de espacio dedicado a un tema influye en la percepción pública. Finalmente, la ubicación de una noticia dentro del medio es otro factor fundamental. Las noticias situadas en la portada, en las primeras páginas o en los primeros bloques informativos del noticiero adquieren mayor visibilidad y peso interpretativo. Todos estos

elementos actúan como estrategias de énfasis utilizadas por los medios, contribuyendo a jerarquizar los temas en la mente del público.

La teoría del *Agenda-Setting* se ha desarrollado en tres niveles analíticos. El primer nivel, denominado agenda de objetos, se centra en los temas o asuntos que los medios presentan como relevantes. Esta dimensión conecta con la metáfora de Walter Lippmann, quién sostenía que los medios sirven de puente entre el «mundo exterior», la agenda mediática, y «las imágenes en nuestras cabezas», la agenda pública (Lippmann, 1922). En el contexto de nuestro caso de estudio, este nivel permite analizar si la trata de personas en contextos bélicos aparece en la agenda mediática, o si, por el contrario, es desplazada por otros temas del conflicto considerados más relevantes. El segundo nivel, o agenda de atributos, va más allá de los temas en sí enfocándose en cómo se presentan, es decir, a qué aspectos concretos se le atribuye una mayor importancia. Al informar sobre un objeto (tema, persona, situación), los medios pueden enfatizar o silenciar ciertos atributos, lo que modifica la percepción pública sobre ese objeto. Aquí se observa cómo los medios no solo seleccionan los temas, sino también los significados que se les atribuyen, lo que conecta directamente con la teoría del *Framing*, que será abordada más adelante. Este nivel es interesante para comprender desde qué enfoque se presenta la trata de personas, si es como un problema humanitario, criminal o colateral, y desde qué narrativa: ¿la voz de las víctimas? ¿la culpabilización? ¿la búsqueda de soluciones? Ejemplos como la sensacionalización ilustran cómo el énfasis en lo emocional o lo dramático puede alterar profundamente la opinión pública sobre la problemática. El tercer nivel, conocido como agenda en red, es una dimensión más reciente que analiza la correlación entre objetos y atributos. Los medios no los presentan como elementos aislados, sino que vinculan entre sí diferentes temas y atributos, agrupándolos en «conjuntos». De esta manera, parecen relevantes de forma simultánea en la mente del lector, resaltando sus interconexiones. Esta idea se basa en modelos de redes asociativas de memoria, que explican cómo nuestra mente conecta ideas entre sí como si fueran nodos en una red: al pensar en un concepto, se activan automáticamente otros relacionados. En el contexto de la cobertura mediática de la trata de personas, este enfoque permite analizar si se asocia a otros conceptos como la inmigración irregular, la explotación laboral, los derechos humanos o la corrupción institucional. Un claro ejemplo sería cómo los medios relacionan la inmigración con el crimen, construyendo un marco interpretativo que influye en la percepción social de ambos fenómenos considerando que siempre suceden de forma simultánea. En resumen, el *Agenda-Setting* actúa en tres niveles: el primero *sobre qué pensar* (objetos/temas), el segundo, *cómo pensar sobre eso* (atributos), y el tercero, *cómo se*

conectan esos pensamientos (relaciones entre objetos y atributos). Esta teoría ofrece una herramienta fundamental para el presente trabajo, ya que permite analizar la importancia que se le atribuye a la trata de personas en contextos de guerra, cómo se construyen sus significados y con qué temas se relaciona.

3.2 Teoría del *Framing*

La teoría del *Framing* se vincula directamente con el segundo nivel de la teoría del *Agenda-Setting*, es decir, se centra en cómo los medios de comunicación estructuran o enmarcan un tema concreto. En este sentido, un *frame* o encuadre es el marco interpretativo bajo el cual se presenta un hecho y que sirve de guía para la audiencia. Según el politólogo Robert M. Entman, enmarcar consiste en «seleccionar ciertos aspectos de una realidad percibida y hacerlos más destacados en un texto comunicativo, de tal forma que se promueva una determinada definición del problema, una interpretación causal, una evaluación moral y/o una recomendación de tratamiento para el tema descrito» (Entman, 1993, p.52). A partir de esta descripción, se pueden identificar cuatro funciones claves del *Framing*. En primer lugar, la definición del problema, lo que corresponde a las tres grandes «W» del periodismo: *what, who and why* (Universidad Internacional de La Rioja [UI1], 2022). Qué es el problema, quién está implicado y por qué es importante. En segundo lugar, la interpretación causal se remite a la diagnosis de las causas o fuerzas que están provocando el problema. Por ejemplo, en nuestro caso de estudio podríamos preguntarnos si la cobertura coloca a la inmigración ilegal como principal causa de la trata o señala la responsabilidad de los Estados y los grupos armados. En tercer lugar, la evaluación moral responde a los juicios éticos sobre los actores implicados, las causas y consecuencias del tema. Este marco permite al público valorar quién es bueno o malo, quién es la víctima y quién el culpable, etc. Finalmente, la última función recae en la recomendación del tratamiento. Los marcos proponen o sugieren soluciones, respuestas y cursos de acción. En el caso de la trata de personas en situación de conflicto nos podríamos preguntar si las noticias mencionan la importancia de la cooperación internacional, la protección de las víctimas o la necesidad de legislación. Cabe destacar que estas funciones no necesariamente aparecen de forma simultánea ni explícita en todos los mensajes periodísticos. Un solo enunciado de una noticia puede cumplir más de una función y un marco presente en un texto determinado puede incluir únicamente tres de las cuatro funciones. Un ejemplo con las cuatro sería un encuadre que presente la trata como un drama humanitario (definición del problema), causada por un conflicto bélico (diagnóstico), realizado por mafias violentas

(evaluación moral) y que haga un llamamiento al derecho internacional (tratamiento). Analizar qué funciones aparecen y cuáles se omiten también revela las lagunas informativas o las narrativas reduccionistas que afectan a la opinión pública.

Además, los marcos no existen únicamente en el texto, sino que forman parte del proceso comunicativo y se localizan en cuatro dimensiones: el comunicador, el texto, el receptor y la cultura (Entman, 1993). El comunicador, es el productor del mensaje y, por tanto, el primer eslabón en la toma de decisiones –conscientes o inconscientes– sobre qué decir o cómo decirlo. En cuanto al texto, es ahí donde el encuadre se hace visible a través de palabras clave, imágenes estereotipadas y estructuras narrativas reforzadoras. El lector de ese texto, es decir, el receptor, es quien interpreta el mensaje desde sus propios esquemas previos, valores o experiencias. La audiencia puede aceptar el encuadre propuesto por el medio, reinterpretarlo o incluso rechazarlo. Finalmente, la cultura, son los valores, normas o significados que influyen de manera generalizada en la sociedad y que, en consecuencia, repercuten tanto al comunicador (periodista) como al receptor (audiencia). La cultura establece los marcos más naturalizados, facilitando que ciertas narrativas se acepten y reproduzcan sin cuestionamiento. En el caso de la cobertura mediática de la trata de personas, estos niveles de *Framing* permiten examinar cómo el encuadre final es el resultado de una interacción entre las decisiones individuales del corresponsal (por ejemplo, un enfoque humanitario), la narrativa del medio (una línea editorial que prioriza lo criminal o lo sensacional), la cultura dominante (que tiende a victimizaciones estereotipadas) y la recepción crítica o acrítica del público. Mas allá de sus funciones y ubicaciones, la teoría del *Framing* introduce el concepto de saliencia como el proceso que hace que una información sea más destacada, recordada o que obtenga un mayor impacto en la audiencia. Como hemos comentado en la teoría de *Agenda-Setting*, Entman (1993) también argumenta que esta saliencia puede aumentarse a través de mecanismos como la repetición, la asociación a símbolos familiares culturalmente o con una ubicación notoria. En el contexto de la trata de personas, la saliencia puede marcar la diferencia entre una víctima invisible y una historia que activa la indignación pública. Ambas teorías podrían cuestionar la noción de objetividad periodística, ya que, incluso siguiendo criterios de neutralidad informativa, los medios pueden transmitir un marco dominante que limita la diversidad de interpretación (Gitlin, 1980). En definitiva, las teorías del *Agenda-Setting* y del *Framing* nos ofrecen una base muy sólida para entender cómo se construye el discurso mediático sobre la trata de personas en contextos de guerra. La primera nos ayuda a ver qué temas consiguen ocupar un lugar en la agenda pública, mientras que la segunda nos permite analizar de qué manera se presentan esos

temas y qué lecturas se proponen al público. Al combinar ambas, podemos observar no solo si la trata está presente en los medios, sino cómo se cuenta, qué se destaca, qué se omite y con qué consecuencias. Esta mirada es especialmente útil para abordar el papel de los corresponsales de guerra, ya que su trabajo no se limita a informar, sino que contribuye activamente a dar forma a la forma en que entendemos realidades tan complejas como la explotación humana en medio del conflicto.

4. Análisis y discusión

Después de haber establecido el marco teórico bajo el cual estudiaremos la cobertura de la trata de personas en zona de conflicto –la teoría del *Agenda-Setting* y *Framing*–, esta sección se centra en el análisis cualitativo de los testimonios recogidos en cuatro entrevistas. Las entrevistas han sido realizadas a cuatro periodistas de guerra –dos reporteros y fotoperiodistas, un corresponsal y un fotoperiodista– con el propósito de investigar cómo se forma el discurso mediático sobre la trata. El análisis se organiza alrededor de dos ejes principales. Por un lado, la visibilidad del asunto en la agenda de los medios de comunicación, es decir, si es un tema prioritario al que se le otorga visibilidad o no (*Agenda-Setting*). Además, se explorarán los factores que justifican su presencia o ausencia en los medios, así como sus efectos en la agenda política. Por otro lado, se estudiará el marco narrativo mediante el cual los periodistas representan esta problemática: desde qué punto de vista se muestra, como se habla de las víctimas, etc. (*Framing*). Para desarrollar este análisis, se ha contado con la colaboración de cuatro periodistas con amplia trayectoria profesional en la cobertura de conflictos armados. A continuación, se presenta brevemente el perfil de cada uno de ellos. En primer lugar, Ángel Sastre es reportero de guerra y periodista freelance, además de fotógrafo. Posee más de quince años de experiencia en coberturas internacionales. Ha trabajado en América Latina, Medio Oriente y otras zonas impactadas por conflictos, catástrofes naturales y crisis de carácter humanitario y político. Colabora con medios como *El País*, *Cuatro*, *Telecinco* y *CNN*. En 2015 fue secuestrado en Siria por el Frente Al-Nusra y permaneció cautivo durante 299, considerándose uno de los cautiverios más largos de la historia del periodismo español (ABC, 2016). Tras su liberación, recibió varios reconocimientos, entre ellos dos Premios La Buena Prensa y el Premio Internacional Libertad de Prensa de la UNESCO. Su enfoque periodístico destaca por su sensibilidad a las comunidades más vulnerables y un compromiso ético con los derechos humanos. En segundo lugar, José Luis de la Cuesta es un fotoperiodista independiente

y ha sido colaborador de la agencia Cordon Press. Ha trabajado como fotógrafo oficial de las expediciones de España Rumbo al Sur y sus reportajes recorren América, África y Oriente Medio. Ha publicado en medios como *EL PAÍS*, *El Mundo*, *The Guardian*, *Los Angeles Times* y *TVE*, entre otros (Cuesta, s.f.). Ha colaborado con ONG como Save the Children, documentando problemáticas relacionadas con la infancia y los derechos humanos. En tercer lugar, Gervasio Sánchez, es uno de los fotoperiodistas y reporteros de guerra más reconocidos del ámbito hispano. Desde 1984 ha cubierto conflictos en América Latina, los Balcanes, África y Asia. Es autor de múltiples libros como *Vidas Minadas*, *Desaparecidos* o *Mujeres. Violencia. Guerras*. Ha recibido premios como el Nacional de Fotografía, el Ortega y Gasset y el Premio Internacional de Periodismo Rey de España. Colabora con *Heraldo de Aragón*, *la Cadena SER* y *la BBC*, y dirige el Seminario de Fotografía y Periodismo de Albarracín (Sánchez, s.f.). Su trabajo está marcado por una mirada humanista centrada en la memoria, la justicia y la denuncia de las consecuencias de la guerra sobre la población civil. Finalmente, Mikel Ayestaran es un reconocido periodista freelance que colabora con los grupos EITB y Vocento. Ha cubierto conflictos en Oriente Medio, Asia Central y el norte de África. Ha sido corresponsal en Jersulalén y actualmente reside en Estambul. Su cobertura abarca países como Líbano, Siria, Afganistán, Irak, Yemen o Irán, su gran pasión (Ayestaran, s.f.). Ha recibido numerosos galardones, entre ellos el Premio del Club Internacional de Prensa, el Premio Periodista Vasco o el Premio Ortega y Gasset este mismo 2025 con su cobertura multimedia «Menu de Gaza». Su trabajo se caracteriza por un enfoque directo desde el terreno y un compromiso ético con la narración honesta de los conflictos.

4.1 Visibilidad de la trata de personas en conflicto: *Agenda-Setting*

Uno de los aspectos centrales que aborda la teoría del *Agenda-Setting* es el poder de los medios de comunicación para establecer qué temas son considerados relevantes por la opinión pública (McCombs & Shaw, 1972). Aplicado a nuestro caso de estudio, consiste en cuestionar si la trata de personas consigue tener un lugar en la cobertura de los medios en contexto de conflicto bélico o si, por el contrario, es desplazada por otras problemáticas. Las declaraciones recogidas en las entrevistas evidencian un consenso general: la trata de personas no suele incluirse en la agenda informativa prioritaria. Ángel Sastre, con experiencia en múltiples países de América Latina, Asia y Oriente Medio, sostiene que «la trata no es un tema muy mediático, son las grandes olvidadas». Esta afirmación coincide con lo planteado por Gervasio Sánchez, quien subraya que estos temas solo aparecen cuando pueden aportar prestigio simbólico a los

medios: «se publica en los dominicales para ponerse medallitas, pero el resto del año no interesan». Ambos coinciden en que estas historias quedan relegadas a un segundo plano ya que «en una guerra pasan tantas cosas que este tipo de hechos acaban siendo menores» (Sánchez, 2025). Como consecuencia, se acaba realizando una categorización de los hechos y de los diferentes crímenes, en los que el número de muertes, las ofensivas o las implicaciones políticas priman sobre cuestiones de derechos humanos. Esto conecta directamente con el primer nivel de *Agenda-Setting*, que se centra en la jerarquización temática: los medios no solo eligen de qué se habla, sino qué temas se priorizan y cuáles se consideran secundarios o colaterales. Incluso cuando la trata forma parte estructural del conflicto, queda invisibilizada frente a otros asuntos.

Las principales causas de esta exclusión son los intereses económicos, políticos y militares, que condicionan la entrada de ciertos temas en la agenda mediática. En primer lugar, uno de los factores más reiterados por los periodistas entrevistados es la falta de rentabilidad del tema. Los medios de comunicación no muestran interés económico en esta problemática, ya que una cobertura rigurosa sobre la trata requiere tiempo, recursos y desplazamientos, algo que pocas redacciones están dispuestas a asumir. Como comenta Gervasio Sánchez, periodista de gran renombre con más de 40 años en la profesión, cuando propone a los medios proyectos de larga duración y les pide financiación económica, la respuesta es negativa llegando incluso a ridiculizar la propuesta. Sin embargo, esas mismas historias acabando siendo publicadas, aunque con una compensación mínima. Este tipo de prácticas evidencian la escasa valoración del periodismo de investigación por parte de los medios, incluso en lo que respecta a asuntos humanitarios. Un ejemplo muy significativo es el caso que relata el fotoperiodista José Luis de la Cuesta sobre su trabajo en Guatemala, donde documentó la existencia de una comunidad indígena –las CPR (Comunidades de Pobladores en Resistencia)– que había vivido oculta en la selva durante 15 años. Esta comunidad fue desplazada por la violencia del gobierno de Ríos Montt. Cuesta consiguió llegar a la zona con la ayuda de una ONG y de la mano del nuncio del Papa en Guatemala. El reportaje, revelaba la existencia de una comunidad desconocida y a pesar de su exclusividad y relevancia, no quisieron publicarlo. Es más, uno de los medios justificó su rechazo diciendo que «ya hacían muchas cosas de indios». Finalmente, fue publicado de forma gratuita en la revista de la ONG que se distribuía en Naciones Unidas. A raíz de ello, la historia llegó a Nueva York y acabo generando un impacto político real: la comunidad fue reconocida como población civil no combatiente, lo que frenó los ataques militares contra ella. Paradójicamente, como expone Cuesta, «el único reportaje que no

conseguí vender fue el que generó un cambio». Este caso, aunque no está directamente relacionado con la trata de personas, resulta relevador ya que muestra cómo temas vinculados a los derechos humanos pueden ser descartados por los medios por no considerarse rentables o comercialmente atractivos. Esta lógica económica también ha sido señalada por Ángel Sastre, quién ha publicado diversos reportajes sobre trata en la sección Planeta Futuro de EL PAÍS. Esta sección altruista está financiada por la Fundación Bill & Melinda Gates y ella se habla sobre temáticas sociales que no suelen tener espacio en la edición impresa ni en las portadas digitales del periódico. «Tiene que venir una fundación o una organización a pagar al medio para que dé espacio a este tipo de temas», argumenta Sastre. «La Fundación de Bill Gates también ha abierto un espacio en el periódico *The Guardian* para que estos temas tengan cabida porque si no, no se publican», explica.



La Comunidad de Pobladores de la Resistencia (CPR) en la selva de Guatemala. **José Luis de la Cuesta.**

En segundo lugar, varios periodistas señalan la existencia de intereses políticos que determinan lo que puede ser publicado. Este tipo de censura rara vez se manifiesta de forma explícita pero sí a través de unas líneas editoriales definidas, con presiones internas que dependen de la relación de los medios de comunicación y figuras de poder. Como advierte Gervasio Sánchez, prácticamente todos los medios españoles están fuertemente vinculados a

gobiernos, partidos políticos o grandes corporaciones económicas, lo que condiciona su libertad informativa. «Cuando llegas a un periódico, no te van a dar una lista de temas de los que no puedes hablar, pero no tardarás en saberlo», afirma Sánchez y añade: «La autocensura es habitual en los medios de comunicación, y quien lo niegue, miente fehacientemente». Para Sánchez, esta situación responde a un fenómeno cada vez más extendido: la fusión de los intereses mediáticos con los intereses políticos. En esa misma línea, Ángel Sastre relata cómo ciertos asuntos son vetados en redacciones que mantienen vínculos con grupos empresariales o políticos específicos. Relata que intentó publicar un reportaje sobre Palestina y que le costó publicarlo en varios medios, en especial, en *La Razón* y en *Reforma de México*, ya que el accionariado de estos periódicos pertenecía a lobbies judíos. Esta censura no solo proviene de parte de los medios, sino también de los propios Estados, que pueden llegar a tomar represalias contra periodistas que visibilizan realidades incómodas. Sastre lo ha vivido en primera persona: «En Perú me echaron del país y en Afganistán me han denegado el acceso». Ambos casos estuvieron relacionados con sus reportajes sobre matrimonios forzados y trabajo esclavo, temáticas sensibles para los gobiernos involucrados. Como él mismo explica, publicar este tipo de contenido «no le hace buena publicidad al país», y por ello se obstaculiza su difusión. Este tipo de censura institucional muestra cómo los Estados intentan ocultar deliberadamente la trata y otras formas de explotación. Por otra parte, José Luis de la Cuesta, señala la existencia de una influencia política organizada y transnacional que influye en la invisibilización de temáticas relacionadas con el Estado de Israel. Según su testimonio, temas como la presencia de niños armados entre colonos sionistas o la humillación sistemática de mujeres palestinas en los *checkpoints*, son sistemáticamente silenciados. Explica como «las hacen levantarse el velo y la falda, y un soldado israelí se pone a manosearlas incluso cuándo se ve que son crías y estás llorando delante de todo el mundo». Y añade: «Eso yo sí lo he visto, pero no lo habrás visto tú en ningún periódico». El motivo principal de esta censura es que los medios, como, por ejemplo, *EL PAÍS*, cuentan con accionariados judíos. Asimismo, Cuesta afirma que no solo ocurre con temáticas relacionadas con la trata o la violación de los derechos humanos. Describe cómo, después de publicar noticias vinculadas al bautismo de Jesús en territorio jordano –un hallazgo arqueológico que ponía en peligro el sector turístico de Israel en Galilea– empezó a recibir ataques coordinados a través de redes sociales, correos electrónicos y presiones directas provenientes de varios países. Según le explicaron fuentes locales, existe un organismo oficial en Israel que se dedica a financiar y movilizar individuos, entre ellos estudiantes, para supervisar, deslegitimar y ejercer presión sobre periodistas que difundan contenidos que se consideren perjudiciales para la reputación israelí. Cuesta declara que «en cuanto publicas algo,

te bombardean a niveles que no te puedes imaginar. Te tiras un mes recibiendo mensajes en los que te llaman de todo». No obstante, explica que cubrir temáticas como los niños soldados o la explotación sexual en otros países es mucho más sencillo. Según Cuesta, dependiendo de la zona y de los intereses políticos se puede publicar o no y en el caso de Israel «todo lo que sea una crítica hacia ellos no sale, ya que está todo muy organizado para cuidar su imagen».



Mujeres palestinas rodeadas por las Fuerzas Armadas israelíes. **José Luis de la Cuesta.**

En tercer lugar, los intereses militares, junto con los intereses económicos y políticos, también influyen de manera decisiva en la visibilidad de ciertos temas en la agenda mediática. Como apuntan varios de los periodistas entrevistados, la cobertura de conflictos en los medios españoles se centra principalmente en aquellos contextos donde hay presencia de las fuerzas militares occidentales. De esta manera, se suele pasar por alto todos aquellos conflictos que no poseen consecuencias estratégicas o geopolíticas para nosotros. Mikel Ayestaran, indica que el interés mediático de un conflicto se ve fuertemente influenciado por la implicación de las fuerzas armadas internacionales. «Si hay ejércitos occidentales en un conflicto nos interesa, si no, no», explica. Un ejemplo claro fue el caso de Irak o Afganistán, «cuando había presencia militar internacional nos interesaba, en cuanto se retiraron las tropas dejaron de haber artículos», apunta Ayestaran. Esta perspectiva demuestra que la cobertura mediática no se

relaciona tanto con la gravedad del conflicto o problemática, sino con la existencia de intereses que impactan a Occidente. En este contexto, temas como el reclutamiento de menores, la explotación sexual o laboral queda relegada a un segundo plano. Gervasio Sánchez denuncia que, en muchos casos, los propios actores militares participan en redes criminales de prostitución y trata. Durante el cerco de Sarajevo, en los años 1993 y 1994, afirma que los soldados ucranianos desplegados como parte de las fuerzas de Naciones Unidas, controlaban el mercado de gasolina, gasoil, prostitución y trata de personas. «Todo el mundo lo sabía», declara Sánchez. Además, también en África se ha sabido de soldados de las Naciones Unidas que «han dado comida a refugiados a cambio de sexo». Esta dinámica fortalece la teoría del *Agenda-Setting* en su aspecto más estructural: lo que no se cubre no es porque no exista, sino porque atenta contra intereses estratégicos, económicos, militares o políticos, arraigados en el sistema internacional y en los medios de comunicación. En este escenario, el tráfico de personas queda fuera del foco mediático cuando afecta o pone en riesgo la reputación de actores protegidos o cuando no existe ningún tipo de interés.

Finalmente, otra dimensión clave de la teoría del *Agenda-Setting* es el tercer nivel que se centra en cómo los temas se conectan entre sí en la mente del público. Es decir, la trata de personas no se presenta como un elemento aislado, sino que se agrupa junto a una serie de temáticas o atributos. En este sentido, las entrevistas muestran cómo los periodistas tienden a establecer múltiples vínculos entre la trata de personas y otras problemáticas sociales como el desplazamiento forzado, la pobreza, la vulnerabilidad, la violencia contra mujeres y niños o los indígenas. En el caso de Gervasio Sánchez, resalta la relación directa entre la violencia sexual sistemática y el desplazamiento forzado, especialmente en contextos de guerra. Explica cómo, en países como Liberia, Sierra Leona o Colombia, muchas mujeres y las niñas son víctimas de trata como consecuencia directa del colapso social provocado por la guerra. En sus palabras, «Cuando hay un conflicto armado, el deterioro social es tan brutal que jóvenes e incluso menores acaban en la prostitución y si hay prostitución, acabas en la trata». Además, denuncia que este tipo de explotación no solo ocurre en los países de origen, sino también durante las rutas migratorias hacia Europa e incluso tras su llegada en el nuevo país. Por su parte, José Luis de la Cuesta, aporta una relación significativa entre la trata de personas, los desastres naturales y las situaciones post-emergencia, en las que la vulnerabilidad y el desorden institucional propician la aparición de redes de explotación. En su experiencia durante el terremoto de Haití de 2010, cuenta que muchos de los niños quedaron huérfanos o no se sabía dónde estaban sus padres. Ante ello, las ONG los acogían en los campos de refugiados, pero en el caos del desastre

natural no existía documentación o censos. «Ibas a un campo de refugiados y en una tienda había 15 críos», explica Cuesta. A pesar de que existieran ONG que estaban tratando de realizar un buen trabajo, Cuesta relata que numerosas organizaciones de dudosa procedencia comenzaron a operar en Haití tras el terremoto. «Existían muchas organizaciones disfrazadas de ONG de acogida, llevándose literalmente a niños», aclara. Incluso se logró interceptar un avión privado de una ONG extranjera que transportaba a más de cincuenta niños. Estos testimonios evidencian cómo los corresponsales identifican las relaciones entre la trata y otros fenómenos estructurales, en un ejercicio de conexión temática que corresponde al enfoque del tercer nivel de la teoría del *Agenda-Setting*.

4.2 Construcción de la narrativa: *Framing*

Tras haber analizado en el apartado anterior la visibilidad de la trata de personas en contextos de guerra –es decir, si este tema logra o no ocupar un lugar en la agenda mediática–, este bloque se centra en examinar cómo se construye la narrativa en torno a este fenómeno. En otras palabras, ya no solo nos preguntamos si se habla de la trata, sino cómo se habla de ella: desde qué enfoque, con qué intención y a través de qué marcos discursivos. Esta cuestión se aborda a través de la teoría del *Framing*, que plantea que los medios de comunicación no solo seleccionan los temas sobre los que se informa, sino que también establecen cómo esos asuntos son presentados y entendidos por el público (Entman, 1993). Esta teoría está estrechamente relacionada con el segundo nivel de la teoría de *Agenda-Setting* y por ello no se ha analizado en el apartado anterior. El objetivo de este capítulo es comprender cómo los corresponsales encuadran la trata de personas: qué elementos se destacan, qué enfoques adoptan y cómo representan a las víctimas en su cobertura. A raíz del estudio de los testimonios y del trabajo publicado por los periodistas entrevistados, podemos afirmar que el encuadre predominante es humanitario, con un enfoque explícito centrado en las víctimas y en sus historias personales. Los corresponsales en lugar de tratar el asunto desde un enfoque criminal, sensacionalista o político eligen mostrar el efecto humano de la trata desde una mirada «cruda y real, sin caer en el morbo» (Sastre, 2025). Cabe destacar que, si bien todos los periodistas concuerdan en este asunto, se hace especial hincapié en el trabajo de Ángel Sastre por ser el entrevistado con un mayor número de reportajes publicados sobre la temática de la trata de personas en situación de conflicto. Esta vinculación temática facilita el análisis detallado de los marcos narrativos utilizados en sus coberturas.

Esta perspectiva se manifiesta en su artículo «The Girls of the Bay» (Las mujeres de la bahía), publicado por Outriders, donde Sastre narra la historia de tres matrimonios forzosos de menores de edad que ocurrieron en el campo de refugiados Cox's Bazar en Bangladesh (Outriders, 2021). El reportaje combina el testimonio directo de las niñas con el de sus familias y sus cónyuges, ofreciendo una visión compleja de las dinámicas sociales, económicas y culturales que conducen a estos hechos. Asimismo, incluye voces de entidades como Human Right Watch, que critican la impunidad y ausencia de intervención institucional. Otro claro ejemplo de su encuadre humanitario y centrado las víctimas es su reportaje sobre los matrimonios forzosos de niñas en Afganistán. En el artículo titulado «Vender a una niña por comida», publicado en la sección de Planeta Futuro de *EL PAÍS*, Sastre narra cómo, tras la toma del poder por parte de los talibanes y el colapso del sistema de ayuda internacional, muchas familias se han visto obligadas a vender a sus hijas —incluso recién nacidas— como única vía para garantizar la supervivencia del resto de sus miembros (*EL PAÍS*, 2022). Algunas de estas niñas, ya prometidas, se encuentran simplemente esperando a ser recogidas por los hombres que ya han pagado por ellas. Como explica Sastre, «tal y como está Afganistán con los talibanes en la situación humanitaria, han dejado de recibir ayuda internacional». Como consecuencia, miles de familias han perdido sus trabajos y se han sumido en la pobreza extrema. Este caso es revelador ya que pone de manifiesto que la trata no se limita al periodo de conflicto armado, sino que se prolonga —e incluso se intensifica— en las fases posteriores. La perspectiva narrativa de Sastre evita las valoraciones sencillas o el enfoque criminal. En cambio, coloca a las víctimas en el núcleo, así como el sufrimiento emocional y el dilema de las familias al tomar estas decisiones. Finalmente, este enfoque humanitario se mantiene en otro de los reportajes de Ángel Sastre titulado «Un ejército de mujeres para combatir la trata», publicado también en Planeta Futuro (*EL PAÍS*, 2021). En este caso, el foco no está únicamente en las víctimas, sino en aquellas personas que protegen, rescatan y acompañan a las supervivientes de la trata. Sastre narra historias desde una monja que acoge a mujeres liberadas, policías que investigan redes de trata, activistas que se infiltran haciéndose pasar por prostitutas y madres cuyas hijas han sido secuestradas para la trata. Este conjunto de voces construye una narrativa amplia, transversal y humana, en el que se reconoce el papel activo de las personas entrevistadas. Como el propio Sastre explica, «intenté que todas las protagonistas fueran mujeres que luchaban contra la trata». Asimismo, cabe destacar que Sastre trata de mostrar un encuadre que atienda al mayor número de perspectivas posibles, pero confiesa que no pudo hablar con proxenetas. «Yo intento buscar todos los lados, pero no llegué a hablar nunca con proxenetas».



Yorlan, el cacique de la aldea, acaricia la cabeza de varios niños, le rodean. "La mayoría de las familias están dispuestas a llegar a un acuerdo, sus postores lo consideran beneficencia porque les darán una vida mejor", cuenta. **ÁNGEL SASTRE**

Este encuadre humanitario se refleja, aunque de forma menos desarrollada, en las declaraciones del resto de los entrevistados. José Luis de la Cuesta, por ejemplo, muestra una clara inclinación hacia la cobertura del impacto del conflicto en la población civil, priorizando este enfoque por encima de las dinámicas geopolíticas o militares. Como indica en la entrevista: «El bambán hay que hacerlo porque es noticia. Pero siempre he considerado que donde hay dos bandos disparándose, hay culpables en los dos bandos del conflicto. En cambio, la gente de retaguardia, los civiles, es lo que me interesa». Para Cuesta, el auténtico drama no está en que bando recupera una calle o avanza en una ofensiva, sino en las repercusiones presentes y futuras que tiene la guerra en los refugiados, las personas no armadas, las mujeres, los niños y los grupos vulnerables. «El drama real está en la población civil», sostiene. Por otro lado, Gervasio Sánchez también defiende un encuadre centrado en las víctimas, tratando de acompañarlas en el tiempo para no olvidar sus historias. En la entrevista, destaca su proyecto Vidas Minadas, que comenzó en 1995 y que este año ha cumplido 30 años. En él, narra la vida de personas que fueron víctimas de minas antipersona en diferentes conflictos del mundo. «Los protagonistas de algunas historias los conocí a principios del 96... y sigo sus historias», explica. Para Sánchez, ejercer un periodismo de calidad implica apostar por narrativas que requieren tiempo, continuidad y presencia sobre el terreno, factores que raramente se adecuan a las

dinámicas de los medios tradicionales de hoy en día. «Eso es periodismo, pero es un periodismo que nunca veras en los medios de comunicación», concluye. En el caso de Mikel Ayestaran, su perspectiva también se alinea con la del resto de entrevistados. Su encuadre se fundamenta en una mirada ética centrada en la honestidad con las personas que relata. Como señala en la entrevista, intenta abordar cada historia como si afectara a alguien cercano: «Trato a los protagonistas de mis historias como los trataría si fuera mi madre. Yo no hago fotos que no me gustaría verle a ella». Para él, el rol del corresponsal no es imponer un discurso cerrado sino, «tender un puente» entre lo que sucede en terreno y la gente que está a miles de kilómetros. «Mi responsabilidad es tender ese puente y darle herramientas a la gente para que entienda mejor el mundo», sostiene. En definitiva, el análisis de los testimonios y del trabajo de campo de los corresponsales evidencia que el encuadre humanitario constituye la perspectiva predominante en la cobertura de la trata de personas en contextos de conflicto. Este enfoque se distingue por situar a las víctimas en el centro, relatar sus historias desde el respeto y la empatía y evitar el sensacionalismo.

Además del enfoque narrativo general, el análisis del encuadre se basa en examinar como se representan las víctimas de la trata de personas en contexto de guerra y cuál es su perfil predominante. A partir de las entrevistas y reportajes analizados, podemos argumentar que el perfil más frecuente es el de mujeres y menores de edad en situación de vulnerabilidad, ya sea por desplazamiento forzado, pobreza estructural o falta de protección institucional. Este patrón se expresa de forma clara en los relatos de Ángel Sastre, en los que las protagonistas son niñas vendidas en Afganistán, menores sometidas a matrimonios forzosos en campos de refugiados, o mujeres protegen y luchan contra redes de prostitución y trata. Este enfoque pone de manifiesto la noción generalizada de que la trata afecta de manera desproporcionada a mujeres y niñas, en comparación al resto de sectores de la población. Esta percepción coincide con los datos oficiales presentados en el Informe Global sobre la Trata de Personas de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), el cual señala que, en 2022, el 61% de las víctimas detectadas a nivel mundial eran mujeres y niñas. Estos perfiles siguen siendo objeto de todo tipo de formas de explotación, desde la sexual hasta la laboral (UNODC,2024). El énfasis en las mujeres y las niñas como las principales víctimas de la trata en contextos de conflicto no es solo una constante en los reportajes de Ángel Sastre, sino también en la trayectoria profesional de Gervasio Sánchez, quien ha documentado la violencia sexual como arma de guerra. En su libro *Mujeres. Violencia. Guerras.* (2016) y en su reportaje

«Saquen mi cuerpo de la Guerra» (Amnistía Internacional, 2018), Sánchez recopila decenas de testimonios de mujeres que han sido violadas en contextos de conflicto armado. En su libro, señala que la violación se emplea como arma de guerra y que la violencia de género, la trata de seres humanos y el matrimonio infantil se intensifican en los periodos de guerra y posguerra. En todos los conflictos que ha cubierto, Sánchez observa que el cuerpo de las mujeres se transforma en territorio de disputa y moneda de cambio lo que las expone de manera directa a la trata. Durante la entrevista, Gervasio Sánchez narra diversas historias y en la mayoría de ellas, las víctimas son mujeres. Uno de los casos más impactantes es el de una joven colombiana de 15 años que fue violada por una decena de paramilitares antes de ser asesinada y enterrada clandestinamente. «Me pase un mes entrevistando a mujeres y menores violadas por todos los actores armados de Colombia: el ejército, la policía, los paramilitares y las dos guerrillas», explica. También menciona que en conflictos como el de los Balcanes, las milicias kosovares estaban vinculadas a la mafia, a redes de trata y la prostitución, donde la violencia sexual contra mujeres y menores de edad era generalizada. Más recientemente, cuenta que estuvo a bordo del buque de Open Arms frente a las costas de Libia y declaró que «la inmensa mayoría de las mujeres y menores que conseguimos localizar en las pateras y subir al barco, habían sido violadas y habían sido utilizadas como trata por parte de los grupos armados libios». Pero el abuso no termina en el trayecto. Según él, muchas de estas mujeres, al llegar a Europa, siguen sometidas a redes de explotación que las obligan a prostituirse para saldar la deuda del viaje. «Una chica que no tiene dinero, el pago es su cuerpo», sostiene. Por otro lado, José Luis de la Cuesta, ha podido cubrir principalmente el perfil de menores de edad, documentando las consecuencias de los conflictos armados y las crisis humanitarias sobre la infancia. Uno de los casos más representativos es el comentado anteriormente sobre el terremoto de Haití en 2010, donde el caos posterior al desastre favoreció el traslado descontrolado de niños y la aparición de falsas organizaciones humanitarias que explotaron y secuestraron a niños. Otro caso es una campaña que realizó junto a Save The Children, organización en el que se publicaron fotos realizadas por él. La campaña se basó en la denuncia de la violencia contra mujeres, mostrando imágenes de niñas madres y matrimonios forzosos en Yemen. Asimismo, Cuesta ha documentado en numerosas ocasiones la existencia de niños soldados, otro perfil de víctima vinculado a la trata en contextos bélicos. Indica haberlos fotografiado en países como Yemen, Irak, El Salvador, Guatemala, Sudán, Ruanda, y, en particular, en Liberia y Sierra Leona, conflictos donde el reclutamiento forzado fue masivo. En la mayoría de los casos, los niños eran secuestrados por milicias armadas y utilizados como guerrilleros, transportadores de armas o esclavos sexuales, lo que provocaba en ellos secuelas psicológicas. Como él mismo:

«Ahí hay muchas ONG intentando rehacer mentalmente a niños que hicieron auténticas barbaridades». En conjunto, estos tres testimonios reafirman que el perfil predominante de las víctimas de trata en contextos de conflicto está marcado por el género y la edad. Ya sea a través de matrimonios forzosos, explotación sexual o el reclutamiento como niños soldados.



Blanca Nubia Díaz, de 58 años, madre de Irina del Carmen Villero Díaz, de 15 años, secuestrada, violada por una decena de paramilitares y asesinada. **Gervasio Sánchez.**

Por último, cabe destacar que, más allá de los enfoques narrativos y del perfil de las víctimas, todos los periodistas entrevistados coinciden en un aspecto fundamental a la hora de encuadrar las historias: abordarlo desde una perspectiva ética. Para ellos, narrar el sufrimiento humano conlleva una responsabilidad y obligación que va más allá de la mera descripción de los hechos. Frente a posibles narrativas frías, sensacionalistas o deshumanizantes, los periodistas optan por reportajes en los que prime el respeto y la dignidad de las víctimas. Ángel Sastre, por ejemplo, sitúa el límite entre informar y vulnerar en el cuidado, un criterio que – según el– se adquiere con la experiencia. «Con el tiempo aprendes cuándo se cae en el sensacionalismo y cuándo es necesario mostrar una historia tal y como es», afirma. No obstante, reconoce que muchas veces es difícil ponderar esa balanza. Uno de los dilemas que vivió fue durante su cobertura sobre la venta de niños en Afganistán, donde decidió retratarlos

«de frente y muy de cerca». Algunas personas criticaron su decisión, pero Sastre defiende que «creía que se debía mostrar», convencido de que ciertas realidades no pueden ser invisibilizadas. Aun así, marco sus límites, evitando publicar imágenes de recién nacidos que ya habían sido vendidos. Otro ejemplo se encuentra en su reportaje titulado «La masacre de la desnutrición en Afganistán» (EL PAÍS, 2022), en el que se muestran fotografías de niños desnutridos en un hospital afgano. Sastre declara que este fue un reportaje duro y que «estuvo un día entero tachando imágenes que eran demasiado fuertes». Sastre también señala que es importante respetar las decisiones de las víctimas ya que especialmente en coberturas sobre mujeres, muchas prefieren mantenerse en el anonimato, ocultar su rostro o modificar su nombre. En definitiva, su forma trabajar se basa en una premisa fundamental: empatizar con las víctimas, mostrar su dolor con respeto y no actuar como un observador distante. «La clave es mimetizarse con la víctima. Yo siento su dolor cuando estoy haciendo los reportajes. No soy un mero mercenario que va a absorber sus almas y venderlas con su historia», afirma. En el caso de Gervasio Sánchez, su ética periodística es muy similar: «Tengo como primera norma aceptar y respetar. Tengo que tratar a las personas que sufren con la dignidad y el respeto que se merecen», explica. Además, declara que tanto para su práctica narrativa como fotográfica emplea lo que él llama «un pequeño truco». Antes de hacer una foto o contar una historia, se pregunta si le gustaría que le hicieran esa misma imagen a él. «Si yo estuviera tirado con mi hijo en brazos, moribundo, repleto de moscas, ¿querría que llegase un fotógrafo y me fotografiara?». Si la respuesta es no, no dispara. En general, Sánchez sostiene que siempre aplica la lógica y la empatía. No insiste si alguien se niega a una imagen o a una entrevista. «Prefiero perder una historia rocambolesca, que hacerla y sentirme mal consigo mismo», confiesa. Finalmente, en el caso de José Luis de la Cuesta, el respeto a las víctimas y la preocupación por mantener su dignidad también están presentes en su forma de encuadrar las imágenes. Cuesta denuncia las redes de trata y los criminales afirmando que «de ser víctima no hay que avergonzarse, que se avergüence el victimario, no la víctima». En este sentido, defiende la importancia de visibilizar el sufrimiento y las injusticias, partiendo de la base de que el silencio o la omisión son más perjudiciales que la verdad. «No contarlos es mucho peor», declara. Sin embargo, explica que a la hora de contarlos hay que «ser cuidadoso» y «no revolver el estómago al público». Un ejemplo representativo de este enfoque es el de una de sus fotografías tomada en Guatemala. Cuenta que cuando fue a la selva en busca de la comunidad desconocida, la CPR, una de las noches, fueron ametrallados por el ejército y un niño fue asesinado. En ese momento, él decidió documentarlo y captó la escena en la que se ven «dos piececitos completamente limpios» y el cuerpo del niño tapado por un manto rojo. La imagen

transmite el horror de la violencia sin necesidad de recurrir a una exposición explícita del cadáver o sin mostrar sangre. Según Cuesta, «todo el mundo que ve esa foto sabe que el niño está muerto, sabe lo que yo quería contar y no se ve una gota de sangre». Siguiendo con esta línea de trabajo, el fotoperiodista trata de alejarse de las imágenes que él denomina como «charcutería», es decir, imágenes demasiado crudas o explícitas que otorgan mayor importancia al impacto que al contenido. Considera que este tipo de representaciones no contribuyen a la sensibilización, sino que, por el contrario, pueden provocar rechazo. «No creo que provocar asco ayude a la denuncia o a la información», sostiene. En su conjunto, los tres entrevistados comparten una ética común que refuerza que el marco humanitario no solo se basa en el contenido de las historias, sino también en cómo se construyen las imágenes y se gestionan los límites éticos en la cobertura de la violencia.

4.3 La limitación en la cobertura

La cobertura de la trata de personas en contextos de conflicto no está solo condicionada por los enfoques narrativos o editoriales, sino también por las diversas limitaciones estructurales, profesionales y personales que impactan en la manera que los corresponsales tienen de acceder a la información y narrar estas realidades de forma rigurosa. Basándonos en las declaraciones recogidas, se observan tres tipos principales de limitaciones a la hora de cubrir la temática de la trata de personas: logísticas, editoriales y personales. Las limitaciones logísticas se relacionan con el acceso a las fuentes de información, la inseguridad en el terreno y las dificultades para verificar los testimonios. Por su parte, las limitaciones editoriales, se vinculan con los intereses mediáticos, la censura y la priorización de ciertos temas considerados «de moda». Finalmente, las limitaciones personales se refieren al impacto emocional y psicológico que estas coberturas pueden tener sobre los periodistas. En los siguientes párrafos, se abordará cada una de estas dimensiones a partir de los testimonios y reflexiones relatadas por los corresponsales entrevistados.

En primer lugar, las limitaciones logísticas son las más destacadas por los periodistas y hacen referencia tanto a los obstáculos prácticos en el proceso de producción periodística como a los riesgos de seguridad que pueden afectar a los propios corresponsales y a las víctimas. Los testimonios evidencian cómo estas barreras limitan la oportunidad de acceder a fuentes fiables, salvaguardar la identidad de los involucrados y asegurar una cobertura ética y verificada. En cuando a la producción, cabe destacar que el acceso a las víctimas de trata en áreas de conflicto

representa uno de los principales desafíos del proceso informativo. Ángel Sastre señala que esta es, probablemente, «la gran dificultad: llegar al otro lado». Según explica, es prácticamente imposible obtener testimonios de mujeres que todavía participan de las redes de trata, por lo que la mayoría de las declaraciones provienen de mujeres que se han salido del círculo vicioso de la explotación y se encuentran en rehabilitación. En estos casos, la información se recaba a través de ONG, refugios, comunidades religiosas u otro tipo de organizaciones que se encuentran en terreno y se encargan de la protección de las víctimas. Un ejemplo complejo es el de la explotación sexual y las redes de prostitución. En contextos de alta vulnerabilidad, incluso la recolección del material periodístico debe hacerse con gran precaución. «Las fotos que tomamos de prostitución en la calle, tenían que ser en un coche oculto, sin que se les viera la cara, es muy difícil llegar a una prostituta», aclara Sastre. Además, subraya que una vez se llega a la historia, es fundamental actuar con cautela, ya que cualquier error puede reabrir heridas o poner en peligro a las personas implicadas. Por su parte, tanto Gervasio Sánchez como José Luis de la Cuesta, coinciden en que uno de los mayores obstáculos es la imposibilidad de verificar con certeza que una víctima sea específicamente víctima de trata. En contextos de conflicto, donde se superponen múltiples formas de violencia, resulta especialmente complejo identificar situaciones que sean estrictamente trata, particularmente en casos de violencia sexual o explotación asociada a las mafias. «Una investigación seria sobre las implicaciones de grupos armados o grupos vinculados a este tipo de crímenes es muy difícil de resolver, muy difícil de probar», asegura Sánchez. Para el periodista, no es posible confirmar de forma inmediata la autenticidad de un relato, por lo que considera crucial que la investigación sobre este tipo de temáticas se realice con el tiempo y los recursos necesarios para contrarrestar el material testimonial y probatorio. «Sobre el terreno es muy complicado distinguir lo que puede ser trata, esa es una de las grandes dificultades: tener la certeza de que es trata o no», añade. Esta necesidad de verificación se hizo evidente en una cobertura realizada junto al periodista Alfonso Armada, durante la cual entrevistaron en Sarajevo a una mujer embarazada que aseguraba haber sido víctima de violación. Sánchez recuerda que la entrevista fue «muy dura», pero a pesar de ello, debían asegurarse de la veracidad de la historia. «Aquí tengo que salir con la seguridad de que esta mujer ha sido verdaderamente violada. Si tengo una duda, no lo público», le dijeron a su traductora. Esta exigencia refleja el alto grado de rigor y prudencia que conlleva trabajar con víctimas de trata, particularmente en contextos donde las falsas declaraciones pueden deslegitimar causas reales o exponer a personas vulnerables. Sánchez, sostiene que «por la forma de relatar las cosas, se dio cuenta de que esa mujer estaba contando la verdad, pura y dura». No obstante, asegura, que tanto a Armada como a él les costó

llegar a esa conclusión. En esta misma línea, José Luis de la Cuesta, también subraya la dificultad de confirmar con certeza una persona —especialmente un menor— ha sido víctima de trata. «A la hora de tratar un tema infantil, yo soy muy escrupuloso», afirma. Durante su cobertura en el terremoto de Haití, fue testigo del caos generado en el país y en los campos de refugiados, donde empezaron a operar organizaciones cuya actividad resultaba sospechosa. Si bien pudo observar movimientos de menores que podían ser objeto de secuestro o desplazamiento ilegal, prefirió no documentar directamente esas escenas al no tener la certeza de que esos niños eran víctimas de trata. «No puedo poner la mano en el fuego y decir que ese niño fue robado», declara, insistiendo que la responsabilidad del periodista pasa también por no afirmar lo que uno no puede demostrar con pruebas suficientes.



Caos y desesperación tras el terremoto de Haití. **José Luis de la Cuesta.**

Además de los desafíos en la producción, como el acceso a las fuentes y la necesidad de verificación rigurosa, otro factor crucial que condiciona la cobertura de la trata en contextos de conflicto es la seguridad. La exposición a redes criminales, amenazas directas y estructuras institucionales corruptas añade un nivel de complejidad que no solo dificulta el trabajo periodístico, sino que puede poner en peligro tanto a quienes cubren la historia como a las

propias víctimas. Ángel Sastre advierte que «a nivel seguridad te enfrentas a mucho». En varias de sus coberturas, se ha enfrentado a estructuras criminales altamente organizadas que suelen operar en varios países y que ejercen violencia sobre aquellos que quieran escapar o exponer sus actividades. «Suelen ser tratas muy poderosas, con mafiosos, y te enfrentas a que la propia mafia te envíe a sus matones a recuperar a sus chicas», explica. A esta situación se suma la complicidad de algunas instituciones y autoridades policiales: «En Argentina, el propio departamento anti trata es corrupto y trabajan con los proxenetas». En este contexto, el riesgo para los periodistas se multiplica, ya que incluso aquellos departamentos que deberían proteger a las víctimas forman parte de la problemática. «Yo he pasado miedo haciendo alguno de esos reportajes», concluye. Gervasio Sánchez también señala la gravedad de los riesgos a los que se exponen las víctimas al contar sus historias. En numerosas ocasiones, aquellas que han conseguido huir de redes de trata continúan estando ligadas a ellas a través de la deuda económica y las amenazas, que pueden traspasar las fronteras nacionales. Según explica Sánchez, mujeres que han salido de Colombia, Nigeria o cualquier país del sudeste asiático siguen siendo vigiladas y coaccionadas, incluso con el peligro de ser asesinadas. Cuando la víctima logra escapar, «su familia es la que queda vinculada a la deuda». «Si tu no colaboras, te amenazan con matar a tu hijo, o a tu padre, o a tu madre, o a tu hermana», afirma. Esta situación hace que muchas víctimas no estén dispuestas a declarar a pesar de haber sido rescatadas, por el miedo a las represalias. «Si tú te escapas de una mafia de ese tipo y te vas a declarar con el rostro a un medio de comunicación, tienes los días contados tú o tu familia», asegura. Esta amenaza constante no solo condiciona la voluntad de las víctimas para denunciar la situación, sino que también reduce la capacidad que tienen los medios para documentar sus casos sin comprometerlas o ponerlas en peligro. A los riesgos físicos y estructurales se suma una dimensión menos visible, pero igualmente significativa: el riesgo informativo. Como se ha comentado en apartados anteriores, en contextos de conflicto, la difusión de la información está influenciada por los intereses políticos, ideológicos o propagandísticos, lo que complica la labor del periodista. Gervasio Sánchez advierte sobre la posibilidad de que un periodista, aún sin intención, se convierta en transmisor de ideas falsas o discursos manipulados. «Tienes que ser muy cauteloso para que no te den gato por liebre, te mientan o te engañen», declara. Este tipo de riesgo, aunque menos directo que la amenaza física, impacta de manera significativa en la credibilidad del periodista, la calidad de la cobertura y el respeto hacia las víctimas. En palabras del propio Sánchez, «en la guerra, la primera víctima es la verdad».

En segundo lugar, las limitaciones editoriales representan otro de los principales

desafíos a la hora de cubrir la trata de personas en contexto de conflicto. Estas barreras no derivan de las restricciones propias del terreno, sino de las líneas y los intereses internos de los medios, como los criterios de rentabilidad o la lógica de actualidad informativa. Estos factores condicionan tanto la posibilidad de publicar reportajes sobre esta temática como el enfoque con el que se presentan. Uno de los inconvenientes es el poco interés comercial que despierta la trata en los medios de comunicación. Ángel Sastre denuncia que, al igual que otros asuntos sociales, la trata de seres humanos rara vez entra en las prioridades informativas de las redacciones. A su juicio, los medios deberían tener dos funciones fundamentales: «investigar y denunciar». Sin embargo, considera que la precarización del periodismo ha debilitado esa labor, afirmando que «hoy en día, las secciones de investigación se están volviendo cada vez más precarias, más limitadas...». Como resultado, muchos de sus reportajes terminan relegados a «una sección en internet abajo, que no lee nadie», expone. Además de la ausencia de rentabilidad, los periodistas consultados también señalan que los medios operan bajo una jerarquía temática marcada por la actualidad y lo que está «de moda». Esta dinámica, a menudo ligada a criterios económicos, provoca que ciertas problemáticas reciban atención solo de forma momentánea, independientemente de su relevancia informativa o su persistencia temporal. Gervasio Sánchez ilustra este fenómeno a partir del caso de Afganistán, donde la cobertura internacional se disparó después de que los talibanes tomaran el control en 2021. No obstante, una vez superado el pico mediático inicial, los medios perdieron su interés en la cobertura sobre Afganistán, incluso a pesar de que su situación humanitaria empeorara. «Durante un mes todo el mundo hablaba de ello. Ahora, si vas a un periódico y le comentas que quieres hacer una historia de Afganistán, te dicen que no les interesa». Esta lógica de atención obstaculiza la realización de coberturas en un largo periodo de tiempo que se centren en la investigación y el seguimiento de temas estructurales como la trata de seres humanos. Una versión más extrema de esta dinámica es la que Gervasio Sánchez vivió durante la guerra de Bosnia y Herzegovina, donde la violencia sexual fue ampliamente conocida desde los inicios del conflicto. Sin embargo, no fue hasta que se puso de moda cuando comenzó a tratarse de forma sistemática en los medios lo que provocó coberturas precipitadas y, en ocasiones, poco rigurosas. «A principios de la guerra ya se hablaba de violaciones, pero el tema se puso de moda y hubo algunos periodistas que la cagaron directamente, entrevistando a actrices y publicando historias falsas», afirma. Esta búsqueda precipitada de impacto mediático llevó a profesionales a difundir testimonios no verificados: «entrevistaban a gente que estaba contando mentiras», añade. El caso de Bosnia no es aislado, sino que representa una tendencia en contextos de guerra, donde las prisas, la propaganda, la espectacularización y la falta de

verificación conducen a la difusión de testimonios dudosos o falsos. Estas coberturas dañan la credibilidad de los medios y deslegitiman las historias reales de las víctimas.

Este tipo de malas prácticas también ha sido denunciado por José Luis de la Cuesta, quien fue testigo de una situación similar durante una expedición en Marruecos. Una noche en Marrakech, Cuesta pudo fotografiar a bandas organizadas de niños que vivían en la calle, una escena que le llamó la atención: «Me pareció muy interesante porque funcionaban como una manada de lobos», comenta. Según explica, estos niños robaban y consumían pegamento. Ya en el alojamiento, compartió de forma informal la experiencia y sus sensaciones con otros integrantes del viaje, entre ellos un equipo de TeleMadrid. Al día siguiente, la expedición visitó una escuela en Fez. Para su sorpresa, el equipo de televisión utilizó su relato –narrado en privado– como base para una noticia, ilustrada con imágenes de los niños del colegio, completamente ajenos a la historia. «Contó la historia que yo había contado, pero la había contado en privado. La cogieron textualmente y utilizaron las imágenes de los niños que nos habían acompañado por la mañana en el colegio. Que no tenían nada que ver realmente», denuncia. Los menores, además, aparecían en el reportaje con el uniforme de la escuela, lo que pone de manifiesto la desmesura entre el contenido y las imágenes publicadas. Cuesta reflexiona sobre las consecuencias de este tipo de decisiones editoriales y más cuando la conexión España–Marruecos es tan cercana. «¿Tú sabes cuántos familiares de estos niños estarán trabajando en España para que esta noche vayan a la tele a verla y se encuentre a su sobrino o a su hijo, al que tú le estás llamando drogadicto?», cuestiona. Este episodio ejemplifica los riesgos del sensacionalismo y falta de verificación, donde la búsqueda de impacto termina provocando desinformación y estigmatización de menores inocentes. Finalmente, José Luis de la Cuesta también analiza la lógica mediática que determina qué temas pueden contarse y cuáles no, en función del contexto geográfico y político. «Es muy fácil ir a África y fotografiar a mujeres con los pechos cortados, cómo las violaron o cómo las utilizaron de prostitutas. Pero eso no lo puedes hacer en Israel con los palestinos», señala. Esta observación pone de manifiesto que la visibilidad de los medios no responde únicamente a criterios informativos, sino también a quién es la víctima, quién es el agresor y cuál es el poder geopolítico de cada parte. Cuesta cuestiona además la presencia de una jerarquía simbólica en la representación de las víctimas, donde algunas vidas parecen contar con mayor «protección» mediática que otras. Ilustra esta desigualdad con el caso de Lady Di, cuyas fotografías fueron confiscadas tras el accidente y los fotoperiodistas retenidos, a pesar de tratarse de una figura pública. En contraste, escenas similares protagonizadas por víctimas anónimas del sur global

suelen mostrarse sin restricciones. «Todos los días vemos gente estrellada en coche y nadie los prohíbe. O muertos en las guerras de África o Gaza y nadie dice: ¡Ay por dios, un niño muerto, no lo saques!», denuncia. Esta doble vara de medir en los medios de comunicación refleja una estructura de poder que determina qué vidas pueden narrarse y cuáles no. «Depende de quién y el contexto, se puede sacar a una víctima o no. Más que el contexto, el dinero o poder que tenga», concluye. En este sentido, Cuesta –al igual que Gervasio Sánchez– sostiene que existen «guerras de moda» como la de Gaza o la de Ucrania, que acaparan la atención mediática mientras que otras quedan relegadas. «De la de Sudáfrica nadie se acuerda. De la de Yemen nadie se acuerda», afirma. En definitiva, esta lógica de visibilidad selectiva deja de lado historias sobre trata de personas y explotación, no por su falta de relevancia sino por la falta de interés mediático, por no encajar en las líneas editoriales o porque las víctimas y los países de donde provienen se encuentran protegidos por los medios.

En tercer lugar, existen las limitaciones personales, aunque fueron las menos mencionadas durante las entrevistas. No obstante, su impacto no debe subestimarse, ya que afectan al bienestar emocional del periodista y la forma de relacionarse con las historias que cubre. La exposición prolongada a los conflictos, contextos de violencia, vulnerabilidad y violaciones sistemáticas de los derechos humanos generan un desgaste personal que influye tanto en el proceso de producción, como en la responsabilidad ética que sienten los corresponsales hacia las víctimas. «Yo no dormía tranquilo hasta que la historia se publicaba, porque sentía que era mi deber», afirma Sastre. Este sentimiento refleja ese sentido de responsabilidad que va más allá de la verdad informativa, abarcando también el respeto y dedicación a las víctimas. Para Sastre, los principios éticos del periodista no se reducen a lo profesional, sino que están conectados con lo humano: «Los códigos éticos son los códigos humanos que uno siente», sostiene. En su declaración, describe el impacto que le produjo documentar la venta de niñas en las aldeas de Afganistán. Inicialmente pensaba que sería una historia difícil de localizar, pero se dio cuenta de que se encontraba generalizada en todo el país. «Estuve días bastante perturbado. Vi que eran prácticas muy extendidas en las aldeas. Eran niñas, y los padres las mostraban sin ningún tipo de tapujo», explica. La crudeza de estas escenas, en especial de los recién nacidos que tenían marcado su futuro, no solo afectó a su estado emocional, sino que también le provocó una sensación de frustración. «A veces te sientes un poco desmotivado porque ves que tus reportajes son una gota en el océano, no son suficientes», concluye. En una línea similar, Gervasio Sánchez aborda la dimensión personal desde una perspectiva ética muy interiorizada. Con más de cuatro décadas de trayectoria en

zonas de conflicto, ha desarrollado una rutina que le permite mantenerse cuerdo, consciente de las decisiones que toma a la hora de cubrir las historias y conectado con su profesión. «Cada noche cuando me voy a dormir, me miro al espejo, me lavo los dientes y le pregunto al espejo: ¿tienes algo de lo que arrepentirte? Y todavía el espejo no me ha respondido: eres un hijo de puta por hacer eso», afirma. Esta frase, tan directa como relevante, muestra una constante práctica de autoevaluación, mediante la cual no solo examina la calidad de su trabajo profesional, sino también la coherencia moral como periodista y ser humano.

5. Conclusiones y propuestas

El presente Trabajo de Fin de Grado titulado «Periodismo en zonas de conflicto: la cobertura de la trata de personas desde la mirada de los corresponsales de guerra» ha tenido como objetivo principal analizar si la trata de personas es abordada en contextos de conflicto armado y desde qué perspectiva se realiza. Para ello, se han tomado como referencia las teorías del *Agenda-Setting* y el *Framing*, y se ha realizado un análisis cualitativo basado en entrevistas a cuatro profesionales –dos corresponsales y fotoperiodistas, un corresponsal y un fotoperiodista– con experiencia directa en zonas de conflicto. De esta manera, se ha podido examinar tanto la visibilidad que recibe esta temática en los medios como la manera en que se construyen las narrativas y los obstáculos a los que se enfrentan los periodistas a la hora de cubrir este tipo de historias.

El estudio ha revelado, en primer lugar, que la trata de seres humanos en situaciones de conflicto raramente tiene un espacio prioritario en la agenda de los medios de comunicación. Los periodistas entrevistados concuerdan en que esta problemática ha quedado relegada a un segundo plano frente a otros temas de mayor interés político, económico, militar o simbólico. Factores como la falta de rentabilidad, la escasa visibilidad de las víctimas, las presiones ideológicas o, incluso la censura institucional y mediática, contribuyen a mantener la trata fuera del foco informativo. Esta exclusión mediática refuerza la invisibilidad de la trata en el debate público y, en consecuencia, en la agenda política internacional.

En segundo lugar, el trabajo ha evidenciado que el encuadre predominante en la cobertura de la trata de personas es de carácter humanitario, con un enfoque centrado en las víctimas y sus historias personales. Lejos de establecerse desde un punto de vista criminal, sensacionalista

o geopolítico, los reportajes analizados buscan dignificar la experiencia de las personas afectadas y mostrar el sufrimiento, apelando a un relato empático y ético. Este marco narrativo se manifiesta particularmente en la obra de Ángel Sastre, aunque también se refleja en los testimonios y prácticas de Gervasio Sánchez, Mikel Ayestaran y José Luis de la Cuesta. Todos ellos tratan de tender un puente de comprensión entre el lector y la historia, no desde una mera descripción de los hechos sino a través de la explicación detallada del contexto y las causas estructurales.

Asimismo, se ha podido comprobar que el perfil de las víctimas más representadas –y más afectadas– en cuanto a la trata en contexto de conflicto bélico, es el de las mujeres y los menores de edad. Su vulnerabilidad se ve intensificada debido a situaciones como el desplazamiento forzado, la pobreza, la falta de protección institucional y la violencia sexual como arma de guerra. Este diagnóstico no solo se basa en las declaraciones de los entrevistados, sino que coincide con los datos ofrecidos por organismos internacionales como Naciones Unidas.

Además del análisis del contenido, este trabajo ha permitido profundizar en las limitaciones a las que se enfrentan los corresponsales de guerra a la hora de cubrir este tipo de temáticas. Entre ellas, destacan las barreras logísticas (inseguridad, dificultad de acceso a la información, falta de pruebas), las restricciones editoriales (falta de interés, baja rentabilidad, censura, guerras de moda) y las limitaciones personales (impacto emocional, frustración profesional, desgaste ético). A pesar de estas dificultades, los entrevistados muestran su compromiso profesional, impulsados por una ética que trasciende lo laboral y se fundamenta en principios humanos de respeto y responsabilidad.

Este estudio pone en evidencia la ausencia de atención mediática que recibe la trata de personas en las guerras y subraya la importancia de que los medios de comunicación adopten un rol más comprometido en la visibilización de estas realidades. La difusión informativa no debería basarse únicamente en un interés comercial o político, sino en la responsabilidad de los medios de informar y denunciar las violaciones de derechos humanos que ocurren en el mundo.

En cuanto a las limitaciones del presente trabajo, cabe destacar la muestra limitada de entrevistados y la dificultad de acceder a más profesionales que hayan documentado casos directamente relacionados con la trata de personas en zonas de guerra. En muchos casos, los periodistas han sido testigos de este fenómeno, pero no han podido realizar reportajes al

respecto debido a barreras de acceso, seguridad o interés editorial.

Como propuesta final, se sugiere que los medios presenten un espacio editorial más estable y comprometido con los derechos humanos y el periodismo de investigación, invirtiendo los recursos, el tiempo y la voluntad política necesarios para su desarrollo. En cuanto al ámbito académico, sería adecuado continuar explorando la conexión entre comunicación, conflicto y trata de personas, incluyendo métodos comparativos y visiones interdisciplinarias. En definitiva, este trabajo pretende ser un aporte al debate sobre el papel del periodismo en áreas de conflicto, enfatizando su obligación, no solo como medio de comunicación, sino como agente social esencial en la visibilidad de las injusticias.

6. Bibliografía

ABC. (2016, 7 de mayo). *Nueve meses y 26 días de cautiverio: El más largo de periodistas españoles secuestrados en zonas de conflicto*. https://www.abc.es/espana/abci-nueve-meses-y-26-dias-cautiverio-mas-largo-periodistas-espanoles-secuestrados-zonas-conflicto-201605072130_noticia.html

Accem. (2020). *¿Por qué abandonar la trata de blancas?* Accem. <https://www.accem.es/porque-abandonar-la-trata-de-blancas/>

Accem. (2021). *¿Qué diferencias hay entre la trata y el tráfico de personas?* Accem. <https://www.accem.es/que-diferencias-hay-entre-la-trata-y-el-trafico-de-personas/>

Associated Press. (2024, marzo 10). *UN peacekeepers accused of sexual abuse and exploitation of children*. Associated Press. <https://apnews.com/article/un-sexual-abuse-peacekeeping-children-victims-exploitation-fd190f443409edc04492bc0f5f36b48d>

Austin, R. (2016). *Human trafficking in the media: A content analysis of human trafficking frames in documentaries, movies, and television episodes* [Tesis de maestría, Northeastern University]. <https://repository.library.northeastern.edu/files/neu:330838>

Ayestaran, M. (s.f.). *Sobre mí*. Mikel Ayestaran. <https://www.mikelayestaran.com/sobre-mi/>

BBC News. (2015, julio 7). *Human trafficking: The lives bought and sold*. <https://www.bbc.com/news>

Cockbain, E., & Sidebottom, A. (2022). War, displacement, and human trafficking and exploitation: Findings from an evidence-gathering roundtable in response to the war in Ukraine. *Journal of Human Trafficking*. <https://doi.org/10.1080/23322705.2022.2128242>

Cohen, B. C. (1963). *The press and foreign policy*. Princeton University Press.

Cuesta, J. L. de la. (s.f.). *Perfil de LinkedIn*. LinkedIn. <https://www.linkedin.com/in/jose-luis-cuesta-91888857/>

Entman, R. M. (1993). Framing: Toward clarification of a fractured paradigm. *Journal of Communication*, 43(4), 51–58. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.1993.tb01304.x>

ESNECA Business School. (2024, noviembre 6). *¿Qué es y qué hace el periodismo de guerra?* <https://www.esneca.com/blog/que-hace-periodismo-guerra/>

ESNECA. (2025, marzo 19). *¿Qué es el periodismo de guerra?* ESNECA Business School. <https://www.esneca.com/blog/que-hace-periodismo-guerra/>

Europea, C. d. (n.d.). *The EU's work to combat human trafficking*. <https://www.consilium.europa.eu/sl/eu-against-human-trafficking/>

Gitlin, T. (1980). *The Whole World Is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of the New Left*. University of California Press.

Goffman, E. (1974). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Harvard University Press.

Gomez, A. P. (2016). *La voz necesaria: Mujer y periodismo de guerra* [Tesis de maestría, Universidad de Sevilla]. <https://core.ac.uk/download/pdf/51410754.pdf>

Infobae. (2024, junio 10). *La violencia en el mundo alcanza sus cotas más altas desde la Guerra Fría, según un informe del PRIO*. Infobae.

International Organization for Migration [IOM]. (n.d.). *Tráfico de migrantes, trata de personas, trata de blancas: ¿Cuál es la diferencia?* IOM. <https://lac.iom.int/es/blogs/trafico-de-migrantes-trata-de-personas-trata-de-blancas-cual-es-la-diferencia>

Iyengar, S. (1991). *Is Anyone Responsible? How Television Frames Political Issues*. University of Chicago Press.

Knightley, P. (1975). *The First Casualty: The War Correspondent as Hero and Myth Maker*. Johns Hopkins University Press.

- Lippmann, W. (1922). *Public Opinion*. Harcourt, Brace and Company.
- McCombs, M. (2005). A look at agenda-setting: Past, present and future. *Journalism Studies*, 6(4), 543–557. <https://doi.org/10.1080/14616700500250438>
- McCombs, M. E., & Shaw, D. L. (1972). The agenda-setting function of mass media. *Public Opinion Quarterly*, 36(2), 176–187. <https://doi.org/10.1086/267990>
- McCombs, M., & Ghanem, S. (2001). The convergence of agenda setting and framing. In S. D. Reese, O. H. Gandy, & A. E. Grant (Eds.), *Framing Public Life* (pp. 67–81). Routledge.
- McLaughlin, G. (2016). *The war correspondent* (2nd ed.). Pluto Press.
- Micol, D. R. (2024). *Ética aplicada al periodismo de guerra*. *El Búho, Revista SAAFI*. <https://elbuho.revistasaaafi.es/wp-content/uploads/2024/10/buho28.pdf#page=119>
- Nagle, L. E. (2013). How conflict and displacement fuel human trafficking and abuse of vulnerable groups: The case of Colombia and opportunities for real action and innovative solutions. *Groningen Journal of International Law*, 1(2), 1–53.
- Nelson, S., Guthrie, J., & Sumner Coffey, P. (2004). *Literature Review and Analysis Related to Human Trafficking in Post-Conflict Situations*. USAID.
- Nohrstedt, S. A. (2009). New war journalism: Trends and challenges. *Nordicom Review*, 30(1), 95–112. <https://core.ac.uk/display/43557469>
- Reese, S. D., Gandy, O. H., & Grant, A. E. (Eds.). (2001). *Framing Public Life: Perspectives on Media and Our Understanding of the Social World*. Routledge.
- Rodríguez-López, S. (2018). (De)Constructing stereotypes: Media representations, social perceptions, and legal responses to human trafficking. *Journal of Human Trafficking*, 4(1), 61–72. <https://doi.org/10.1080/23322705.2018.1423447>
- Rodríguez, Á. N. (2023). *Reportaje multimedia: Periodismo de guerra en clave femenina*

[Trabajo de grado, Universidad de Valladolid].

<https://new.express.adobe.com/webpage/6rRqLvpFTGKSx>

Sánchez, G. (2018). *Saquen mi cuerpo de la guerra*. Amnistía Internacional.

<https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/reportajes/saquen-mi-cuerpo-de-la-guerra/>

Sánchez, G. (2021, 25 de noviembre). *Retratos de las mujeres que sobrevivieron al horror*. *El Independiente*. <https://www.elindependiente.com/internacional/2021/11/25/retratos-de-las-mujeres-que-sobrevivieron-al-horror/>

<https://www.elindependiente.com/internacional/2021/11/25/retratos-de-las-mujeres-que-sobrevivieron-al-horror/>

Sánchez, G. (2022). *Mujeres. Violencias. Guerras* (2.^a ed.). Blume.

<https://blume.net/fotografia/2133-violencias-mujeres-guerras-9788418725654.html>

Sánchez, G. (s.f.). *About*. Gervasio Sánchez. <http://www.gervasiosanchez.com/about>

Sastre, Á. (2021, 18 de mayo). *Un ejército de mujeres para combatir la trata*. *El País*.

<https://elpais.com/planeta-futuro/2021-05-18/un-ejercito-de-mujeres-para-combatir-la-trata.html>

Sastre, Á. (2021). *The girls of the bay*. Outriders. <https://stories-content.outridersklub.com/en/the-girls-of-the-bay/>

<https://stories-content.outridersklub.com/en/the-girls-of-the-bay/>

Sastre, Á. (2022, 5 de julio). “Vender a un niño por comida”: “Se presentaron varios pretendientes e intenté escoger al más joven”. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/2022-07-05/vender-a-un-nino-por-comida-se-presentaron-varios-pretendientes-e-intente-escoger-al-mas-joven.html>

<https://elpais.com/planeta-futuro/2022-07-05/vender-a-un-nino-por-comida-se-presentaron-varios-pretendientes-e-intente-escoger-al-mas-joven.html>

Sastre, Á. (2022, 9 de mayo). *La masacre de la desnutrición en Afganistán*. *El País*.

https://elpais.com/elpais/2022/05/09/album/1652097060_102591.html

Shinar, D., & Kempf, W. (Eds.). (2007). *Peace journalism: The state of the art*. Verlag Irena Regener.

Smith, C. A., & Miller-de la Cuesta, B. (2011). *Human trafficking in conflict zones: The role*

of peacekeepers in the formation of networks. *Human Rights Review*, 12(3), 287–299. <https://doi.org/10.1007/s12142-010-0181-8>

The Guardian. (2005, marzo 25). *Report reveals shame of UN peacekeepers*. <https://www.theguardian.com/world/2005/mar/25/unitednations>

The Washington Post. (2022, mayo 10). *Human trafficking likely to increase as Ukraine war drags, groups warn*. <https://www.washingtonpost.com/world/2022/05/10/human-trafficking-ukraine-war-russia-refugees/>

United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC]. (2022). *Global report on trafficking in persons 2022*. United Nations. <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/glotip.html>

United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC]. (2024). *Global report on trafficking in persons 2024*. United Nations. <https://www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/glotip.html>

Universidad Internacional de La Rioja. (2022, 7 de junio). *Las cinco W del periodismo: qué son y para qué sirven*. Blog UII. <https://www.ui1.es/blog-ui1/las-cinco-w-del-periodismo-que-son-y-para-que-sirven>

UNODC. (n.d.). *UNODC Official Website*. <https://www.unodc.org/unodc/index.html>

Wallinger, C. S. (2010). *Media representation and human trafficking: How anti-trafficking discourse affects trafficked persons*. <https://digitalcommons.unl.edu/humtrafconf2/4>

7. Anexos

Entrevista 1 – Gervasio Sánchez

1. ¿Has tenido ocasión de informar o presenciar situaciones relacionadas con la trata de personas en contextos de conflicto armado? ¿Podrías compartir alguna experiencia concreta si es el caso?

Yo he trabajado en conflictos en África, donde se ha reclutado a niños y niñas, y a las niñas se les ha utilizado como esclavas sexuales. Es decir, en los conflictos occidentales de África Occidental como Liberia y Sierra Leona, las niñas eran secuestradas a edades muy tempranas y utilizadas como esclavas sexuales, violadas y muchas de ellas incluso morían por la violencia sexual o por enfermedades menores. Después, he estado en conflictos en los Balcanes donde hubo violencia sexual contra las mujeres de manera bastante generalizada y contra las menores de edad. En Kosovo, por ejemplo, también la guerrilla kosovar estaba vinculada a la mafia kosovar, que estaba vinculada a la trata de blanca, a la prostitución, etc. incluso al tráfico de órganos. Contextualmente, sí que he estado en conflictos donde ha habido trata de blanca. Ten en cuenta que cuando hay un conflicto armado, el deterioro social es tan brutal que jóvenes e incluso menores acaban en la prostitución y si hay prostitución acabas en la trata.

Con las personas migrantes, por ejemplo, hace cinco o seis años estuve en el Open Arms, en el barco de salvamento marítimo español frente a las costas libias sacando a personas que intentaban ir de Liberia a Italia en pateras y la inmensa mayoría de las mujeres y menores que conseguimos localizar en las pateras y subir al barco habían sido violadas, habían sido utilizadas por parte de los grupos armados libios. Migrantes que huyen de sus países originarios acaban cayendo también en el tema de la trata cuando llegan a Europa o incluso durante el viaje hasta Europa o Estados Unidos.

Yo específicamente no he cubierto sobre trata, puramente trata, no he hecho ninguna historia porque es un periodo más de investigación que necesitas poder hablar con gente muy especializada que está haciendo seguimiento y sobre el terreno es muy complicado distinguir lo que puede ser trata. Imagínate tú una chica o una joven que no tiene dinero, pues al final el pago es su cuerpo y si acaba entrando en un grupo de personas que las prostituyen o las utilizan para trata, es el precio que pagan, ¿no? Esto es muy normal, o sea, yo he encontrado personas

incluso en Madrid, al lado de Callao, que te dicen claramente que tienen que pagar un montón de dinero que deben a la mafia que les ha permitido llegar hasta España. Han pagado el viaje y que se tienen que prostituir durante años para acabar pagando la deuda.

**2. ¿Qué dificultades encontraste al intentar cubrir este tipo de situaciones?
(Pueden ser logísticas, editoriales, de seguridad o incluso emocionales.)**

Una de ellas es la investigación, el no tener la certeza de qué es trata o no. Por ejemplo, en los barcos de salvamento marítimo en el Mediterráneo central me acuerdo de que una persona me dijo: «Todas, todas las personas, las mujeres que van en este barco y las menores que van en este barco han sido violadas. El que lo niegue está mintiendo». No lo van a contar, como lo cuento yo, porque en algunos casos fueron violadas en la misma cárcel que estaban metidas apartadas de sus maridos porque normalmente lo que hacen es poner a un lado a mujeres y niñas y en otro lado a los hombres. Evidentemente ellas no van a contarlo porque primero sus parejas las rechazan, pero todas han sido violadas, esto es una práctica habitual. La violencia sexual en las guerras, en el contexto de violencia de la inmigración, de lo que son los conflictos, viene pasando desde hace siglos, desde siempre, prácticamente. Lo que pasa es que es muy difícil que alguien te diga: «yo he sido víctima de violencia sexual(...)» Cuando hay campañas acaban saliendo testimonios de personas que cuentan su historia personal, que han sido prostituidas o han sido maltratadas con este tipo de situaciones.

Yo, por ejemplo, hice un reportaje en Colombia hace, más o menos, en 2017, creo que fue 2017, estuve un mes entero en Colombia entrevistando a mujeres y menores violadas en el contexto del conflicto armado por todos los actores armados de Colombia, el ejército, la policía, los paramilitares y las dos guerrillas. Estuve un mes entero entrevistando a mujeres y menores, incluso hubo varias menores que entrevisté y en algunos casos fueron utilizadas. Una de las chicas, por ejemplo, había sido violada por un montón de tíos. Brutalmente. Una madre me contaba que su hija, con 16 años, desapareció y consiguió encontrarla después de haber sido enterrada clandestinamente. Supo, porque alguien se lo contó, que su hija había sido violada por media docena de paramilitares que la asesinaron después y la enterraron clandestinamente. De hecho, incluso me enseñó la fotografía de cómo había aparecido su hija. Estas cosas son muy habituales en los conflictos armados.

3. ¿Y crees que estos temas se cuentan?

El problema es que obligan a hacer investigaciones que pueden durar eternamente. Una

investigación sería sobre las implicaciones de grupos armados o de grupos vinculados a este tipo de crímenes, son muy difíciles de resolver, muy difíciles de probar. Es muy difícil encontrar material probatorio o testimonial si no hay nada más. Es muy difícil, por lo cual, te obligaría a hacer una investigación y por supuesto, a los diarios españoles, estos temas no les interesan, entre otras cosas, porque consideran que el gasto que se haría sería demasiado voluminoso.

Yo te voy a poner un ejemplo, en el año 93, 94, los que se encargaban de la trata de blancas, de la prostitución y del tráfico de gasolina y gasoil durante el círculo de Sarajevo eran los soldados de las Naciones Unidas ucranianos. Ucrania había dejado de formar parte de la Unión Soviética y los soldados ucranianos –muy mal pagados– llegaron a Sarajevo y eran los que controlaban todo este tipo de mercados. Era un país que había estado bajo un régimen dictatorial y ahí no había ni democracia ni nada y todo el mundo lo sabía. Cuando ibas a por gasolina, te ibas a buscarlos a ellos, pero ellos mismos también se encargaban de la prostitución y de la trata de blancas. En África también se ha sabido de soldados de Naciones Unidas que han dado comida a refugiados o a desplazados por sexo. Alguno dice: «Es que esos son los africanos». Bueno, los ucranianos eran europeos. Y se sabe de otros lugares donde ha habido soldados de procedencia de la Unión Europea que han hecho este tipo de cosas o de Estados Unidos, pero es muy difícil tener material probatorio.

A la hora de investigarlo, tienes que estar mucho tiempo y realmente probarlo para poder contar la historia. Imagínate que una mujer ha sido salvada de una mafia de trata. Primero, si consiguen sacarla de ahí porque ha habido una investigación o ha dado la voz de alarma y la policía se la ha llevado, no se van a poner ahí a contarlo porque se las cargan al día siguiente. Te pueden matar o amenazar a tu familia porque muchas veces has salido de Colombia, Nigeria, o has salido de un país del sureste asiático y es tu familia la que está vinculada a la deuda. Si tú no colaboras te amenazan con matar a tu hijo o a tu padre o a tu madre o a tu hermana. Con lo cual, si te escapabas de una mafia de ese tipo y te vas a declarar con el rostro a un medio de comunicación, tienes los días contados tú o tu familia.

4. ¿Consideras que ha habido una evolución en la cobertura mediática de la trata en conflictos? ¿Qué aspectos han cambiado y cuáles se mantienen?

Yo hice un libro que se llamaba Violencia contra Mujeres y Guerra. Aquí hay fotografías sobre violencia contra mujeres en la guerra de diferentes contextos. Y en el libro se habla de que no

fue hasta la Cuarta Convención de Ginebra de 1949, cuatro años después de acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando se mencionó la violación por primera vez. Y para que te hagas una idea, la violencia sexual se utilizó en la Segunda Guerra Mundial de una manera muy generalizada. Los soldados rusos de la Unión Soviética entraron a Alemania con órdenes de violar a todas las mujeres ancianas y niñas para vengar lo que habían hecho los nazis en Rusia. O sea, los nazis invadieron la Unión Soviética, hicieron de todo, mataron, seguramente también violaron, por supuesto, estas cosas son habituales, y cuando en el año 45 los rusos avanzan y llegan hasta Alemania y Hitler se suicida, hay órdenes directas del alto mando ruso de violar a las mujeres. De hecho, las mujeres alemanas dieron a luz entre 150.000 y 200.000 niños extranjeros considerados como resultado de embarazos tras ser violadas por soldados de las fuerzas aliadas. Además, entre 50.000 y 200.000 húngaras fueron violadas por soldados soviéticos porque Hungría fue un país filonazi y estuvo al lado de Hitler. De hecho, el grupo humano más numeroso de judíos asesinados en campos de exterminio nazis en Polonia fue el húngaro: 430.000 judíos húngaros fueron exterminados en Auschwitz. Cuando entraron los soviéticos, se dedicaron a violar a mujeres húngaras. Hasta al menos el año 1948, el mayor peligro para las mujeres y las menores en las zonas ocupadas por los aliados era ser violadas por soldados pertenecientes a los países que derrocaron el régimen nazi. O sea que, tres años después de acabar la Segunda Guerra Mundial, para una chica en Berlín o en Düsseldorf o en cualquier ciudad que estaba totalmente destruida, su miedo era evitar ser violada entre las ruinas de sus ciudades durante tres años.

No fue hasta la Cuarta Convención de Ginebra de 1949 cuando se mencionó la violación por primera vez, aunque no se le consideró un crimen de guerra grave. O sea, en el año 49 la violación como arma de guerra no estaba considerada por nadie ni siquiera en la Convención de Ginebra. Las convenciones de Ginebra son las que dirigen un poco lo que se puede o no se puede hacer en las guerras desde al menos la Primera Guerra Mundial y hubo que esperar a la creación de los tribunales internacionales que juzgaron los genocidios de Bosnia y Herzegovina o Ruanda en los años 90 para que se castigase la violencia sexual con más severidad. Y fue en junio de 2008, estamos hablando de hace 16 años, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó la Resolución 1820 que señalaba que la violación y otras formas de violencia sexual pueden constituir crímenes de guerra, crímenes contra humanidad o un acto constitutivo con respecto al genocidio. Por fin, desde diciembre del 2010, acaban de cumplirse 14 años, la Resolución 1960 exige la persecución de los responsables de actos de violencia sexual. De hecho, hay datos antropológicos de una matanza ocurrida en el Paleolítico Superior hace 15.500

años. Hace 15.500 años un grupo humano entró en una aldea en Sudán y se cargó a un grupo humano y, en los huesos aparecidos probablemente, ese grupo humano violento que entró en una aldea y se cargó a otro grupo humano violó a las mujeres, seguro, hace 15.500 años y hasta el 2010, Naciones Unidas no se ha tomado en serio la violencia sexual. Este es el problema. El problema grave es que las instituciones internacionales van siempre a remolque del sufrimiento humano y nunca están a la altura de lo que hay que hacer. Me parece una vergüenza que Naciones Unidas, que supuestamente es el organismo más importante que hay en el mundo de protección de todo tipo de personas que se encuentran en una situación de vulnerabilidad, no se haya acordado de las mujeres violadas hasta el 2010.

En el año 92, Alfonso Armada y yo entrevistamos a una mujer violada en Sarajevo que se había quedado embarazada y que estaba a punto de abortar. La entrevista que hicimos fue muy dura. Estábamos en diciembre y ella había sido violada en septiembre del 92, estaba recién embarazada. La violación fue brutal y por suerte, un vecino que era serbio –ella era musulmana– y un vecino serbio del mismo edificio le dijo que tu hija mayor que tenía 14 años se venga conmigo a mi casa, yo la voy a hacer pasar por mi hija porque cuando entren estos hijos de puta la van a violar y se la llevó. Y el miedo de la madre, ¿sabes cuál era? Que su marido se enterase, que su marido no se enterase de que había sido violada por los serbios y que tenía un hijo de la violación, imagínate tú, y por eso su angustia de querer abortar y ella era musulmana, era una mujer religiosa que dentro de sus devociones morales y éticas pues no estaba de acuerdo, pero sentía que tenía que abortar obligatoriamente. Estas cosas han pasado continuamente en todos los conflictos armados.

5. ¿Por qué crees que temas como la trata quedan fuera de la cobertura mediática habitual? ¿A qué lo atribuyes?

En una guerra pasan tantas cosas que este tipo de hechos acaban siendo hechos menores, te violan, pero no te matan. Entonces, es mucho más grave que te maten a que te violen porque si te matan ya se ha acabado la historia. Al final, se hace una especie de categorización de los hechos criminales y la violación sigue estando relegada a un segundo plano. No es que los temas no salgan en la agenda mediática. Tú puedes hacer una historia, por ejemplo, en los Balcanes durante la guerra de Bosnia y Herzegovina que empezó en el 92 y acabó en el 95. A principios de la guerra ya se hablaba de violaciones, pero el tema se puso de moda y hubo algunos periodistas que la cagaron directamente porque entrevistaron actrices y hubo gente que se comió gatos por liebre por la prisa de entrevistar a la gente estaban contando mentiras.

Nosotros cuando entrevistamos a esta mujer que te contaba le dijimos a nuestra traductora: «Aquí tengo que salir con la seguridad que esta mujer es una verdadera violada si tengo una duda, no lo publico». La traductora me decía: «¿Cómo te puedes a atrever a poner en cuestión?» Lo pongo en cuestión porque ya hay gente que ha mentido y han inflado el número de mujeres violadas. Hay gente que no entiende que con que solo haya un caso de violación es suficientemente grave para denunciar y tienen que inflar los números porque creen que eso va a tener más impacto.

Muchas de las mujeres violadas nunca lo han contado no se lo han contado ni a su mejor amiga no se lo han contado a nadie. De hecho, con tal de haber sido violada en una sociedad tradicional te puede costar que te expulsen de casa. Yo conocí una historia de una colombiana a la que entrevisté y fue violada delante de su marido. A su marido lo amarraron y tres o cuatro paramilitares y su marido, que vio como la violaban y que no tuvo las agallas de enfrentarse al grupo armado, después estaba más enfadado con ella que con el grupo armado porque sentía como si su orgullo hubiera sido pisoteado. En vez de enfadarse con los violadores, se enfadaba con su mujer hasta el punto de que acabó abandonándola. Eso pasa porque el machismo es tremendo, el sentirte que han abusado a tu mujer y tú no has hecho nada eso te deja muy desconcertado y al final le acabas echando la culpa.

6. ¿Crees que el periodismo de guerra tiene la capacidad de influir en la agenda pública o política? ¿Has vivido algún caso en el que un reportaje generara debate o cambios sociales?

Ha habido guerras que han sido muy bien cubiertas por los periodistas. En la guerra de Bosnia y Herzegovina hubo pocos medios, pero la cubrieron muy bien. Se supieron muchas cosas y se denunciaron con bastante fortaleza, pero no cambió nada. Había periodistas en Sarajevo contando que, siendo una ciudad capital olímpica de los Juegos de Invierno del 84 –capital olímpica mundial– estaba siendo bombardeada, cercada por un ejército de bestias bombardeando la ciudad cada día y matando a gente. Esto se tendría que haber acabado en 6 meses y tardaron 4 años, y porque los estadounidenses pegaron un puñetazo encima de la mesa y obligaron a las partes a sentarse a negociar. La lección que dieron de desvergüenza europea con la guerra de los Balcanes fue tremenda, pero eso se ha vuelto a repetir en Ucrania. Ahora los europeos se han puesto todos como locos a ver qué hacemos con nuestra defensa europea porque se ha cerrado el grifo. En general, los temas como la trata no entran en las agendas políticas. Ahora dentro de las Naciones Unidas está ONU MUJERES, que se creó después de

la resolución de los crímenes de guerra y también hay gente que intenta hacer cosas, pero hay una gran burocracia. Hay gente que cree que los temas se ponen de moda mediáticamente, Por ejemplo, Afganistán: los talibanes llegan al poder, durante un mes todo el mundo habla de ello y ahora si vas a un periódico y le comentas que quieres hacer una historia de Afganistán te dicen que no les interesa.

7. Cuando retratas una historia, ¿sientes que tienes libertad para encuadrarla a tu manera o estás condicionado por la línea editorial del medio para el que trabajas

Yo siempre he trabajado con libertad, yo he trabajado como periodista independiente. Nunca he tenido un contrato laboral con ningún medio de comunicación, la demostración palpable es que no cobro pagas extras. Pero siempre he trabajado de la misma manera y los colombianos con los que he trabajado me han respetado y puedo asegurar que jamás me han intentado cambiar ni una coma ni una línea de nada. ¿Por qué funcionan bien estos temas? Porque a un periódico le da pedigrí que un periodista le haga una historia sobre violencia sexual y la publica en un dominical para ponerse medallitas un domingo, ¿no? Aunque luego se tire otros 30 domingos publicando mierda. Eso es muy típico de los medios de comunicación españoles, especialmente. Porque lo que yo cuento no entra en contradicción con los intereses mediáticos. O sea, la mayor parte de los medios de comunicación españoles, por decir todos, están implicados en agendas políticas vinculadas a determinados partidos políticos, determinados intereses económicos y determinados intereses bancarios. La mayor parte de los medios están viviendo de las subvenciones de unos y de otros. Entonces, claro, mientras que no te metas con los intereses del medio de comunicación, incluso le viene muy bien de cuando en cuando publicar un reportaje que tenga ese pedigrí de pobrecismo barato. Pero luego, en realidad, no les interesan los temas, no lo hacen bien. Se pone de moda un tema en España y algún periódico quiere ponerse a dar lecciones y me estoy refiriendo especialmente a *EL PAÍS*. Se abandera de hacer un gran periodismo cuando *EL PAÍS* lleva haciendo auténticas mierdas en algunas secciones desde los ochenta. Desde el momento en que la sección nacional, la sección de economía y alguna sección más estaban totalmente implicadas en una especie de, digamos, de confluencia ideológica con el Partido Socialista Obrero Español. *EL PAÍS* tenía una sección de cultura con intereses culturales, es decir, tenía editoriales que publicaban a determinados autores y esos autores eran tratados con guante blanco en la sesión de cultura o en sus suplementos culturales. Y cuando alguien criticaba a un escritor que estaba haciendo una campaña de marketing para vender 300.000 o 400.000 ejemplares, automáticamente liquidaban

al crítico. Y con esto te lo digo todo, porque si vamos a *La Vanguardia*, vamos a *El Mundo*, etcétera, estamos un poco las mismas.

8. ¿Es posible, desde tu punto de vista, narrar historias duras e impactantes sin caer en la espectacularización del sufrimiento? ¿Cómo lo gestionas en tu trabajo?

Yo creo que la única manera de contar una historia es dedicándole muchísimo tiempo. Yo tengo un proyecto que se llama Vidas Minadas, que lo empecé en el año 1995. O sea, en septiembre harán 30 años. Los protagonistas de alguna de las historias los conocí a principios del 96, en enero y marzo y siguen sus historias. Vidas Minadas se ha convertido en un proyecto sobre víctimas de minas antipersonas, de un gran impacto, porque yo lo he continuado personalmente y de manera absolutamente independiente. Y eso es periodismo, pero es un periodismo que nunca verás en los medios de comunicación. O sea, si yo voy al director del *Magazine* o de *EL PAÍS* o de *La Vanguardia* y le digo que voy a estar tres años, dos años y medio haciendo la historia y que lleguemos a un acuerdo de financiación, se descojonan de risa de mí. Eso sí, luego lo publicarán y te pagarán una mierda, que es lo que hacen habitualmente. Y si lo publicas en el contexto del lanzamiento de una exposición o de un libro, te dicen que no te lo pagan porque esto en realidad es publicidad. Eso me ha pasado a mí. En el año 2023 publiqué ocho páginas en el Dominical de *EL PAÍS* sobre Vidas Minadas, 25 años, y me dijeron que no podían pagármelo porque eso era publicidad. Y te lo dicen compañeros tuyos que han estado. Entonces, si a mí me hacen esto, que soy quien soy dentro del periodismo español, imagínate qué hacen con la gente joven.

Entonces, es muy difícil que pueda haber un tema como esto de la trata. Ellos te pueden decir: «No, pero nosotros hemos hecho una investigación, *EL PAÍS* ha hecho una investigación sobre los abusos sexuales en la iglesia». Y yo digo, bien, muy bien, la habéis hecho muy buena, está muy bien. Además, la gente que lo ha hecho los conozco a todos. Pero era un tema que, primero, lo hacían redactores del diario, que evidentemente se dedicaron a esto y no se dedicaron a otras cosas, lo cual está muy bien, que es lo que deberíamos hacer siempre. Estás haciendo un tema de investigación. Para hacer un tema de trata, tienes que viajar por el mundo, tienes que ir a los lugares originales, tienes que hablar con la gente original, tienes que buscar cuáles son las rutas que se utilizan. Eso vale un montón de pasta. En ese sentido, se trataba de periodistas que estaban en Madrid y que hoy día, internet, el teléfono y un viaje cortito de AVE, pues lo solucionan todo, aunque estén dos o tres años. Y me parece muy bien. Pero también hay que saber por qué lo hacen. Y muchas veces tiene que ver también con prestaciones inteligentes

dentro de una agenda política. Por supuesto que hay que investigarlo, pero a mí lo que me hace mucha gracia es por qué, por ejemplo, *EL PAÍS* investiga este tipo de temas y no investiga, por ejemplo, todo lo que es el mercado de las armas espaciales. Se venden armas en España violando la ley de control de armas. Y qué curioso que los gobiernos que más armas han vendido en este país han sido los gobiernos socialistas. Me parece muy bien que un periódico como *El Mundo* investigue el caso GAL y la corrupción del PSOE, cuando está en la oposición su partido favorito, que es el PP. Me parece muy bien que lo haga *El Mundo*. Y que luego *EL PAÍS* investigue los abusos sexuales en la iglesia, porque resulta que ellos son laicos y la iglesia son religiosos. Pero esta práctica debería ser habitual en todos los temas. No solo en los temas que le interesan según la agenda política. Cada vez están más vinculados los intereses mediáticos con los intereses políticos. Y cuando los políticos dictan o las grandes empresas dictan las líneas maestras del periodismo, esto es pérdida de influencia periodística a marchas forzadas.

Cuando llegas a un periódico, a un medio de publicación, es lo primero que vas a saber, y no te van a dar un papel y te van a decir: «Esto no se puede tocar o esta persona hay que tratarla bien porque nos interesa». No te van a dar una lista de temas, pero lo vas a saber. Al aterrizar en el diario, la radio o la televisión, al cabo de un mes, estarás ya puesta al día porque sabrás claramente qué temas entran en colisión con los intereses del medio. Esto es habitual. La autocensura es habitual en los medios de comunicación. Y quien lo niegue, miente fehacientemente.

9. ¿Cómo gestionas el equilibrio entre informar, denunciar y respetar la dignidad de las víctimas?

Yo, como periodista, si voy a una zona de conflicto, tengo como primera norma que aceptar y respetar, tengo que tratar a las personas que sufren con la dignidad y el respeto que se merecen. Y el hecho de estar muriendo no significa que puedan pisotear sus derechos. Y yo tengo un pequeño truco que siempre he llevado a cabo. Cuando llego a un sitio y veo algo brutal, pienso: «Me gustaría a mí, si yo estuviera ahí, tirado con mi hijo en brazos, moribundo, repleto de moscas, porque no tengo ni siquiera la fuerza en la mano para espantarlas, que llegase un fotógrafo y me fotografiara a mi hijo rodeado de moscas». No, pues yo no lo hago.

«Me gustaría a mí que yo estuviese cambiándome de prótesis porque tengo una doble amputación por culpa de una mina y que cuando me estoy cambiando las prótesis el fotógrafo

me vea mis partes íntimas y que me haga una fotografía». No, pues yo no la hago. Yo siempre aplico la lógica. Siempre trato a la gente con ese respeto, lo he hecho toda mi vida. Yo cada noche cuando me voy a dormir me miro al espejo y me lavo los dientes y le pregunto al espejo, ¿tienes algo de lo que arrepentirte? Y todavía el espejo no me ha dicho, eres un hijo de puta por hacer eso. No me ha pasado todavía. Yo soy muy cuidadoso con estas cosas y prefiero perder una historia rocambolesca que hacerla y sentirme mal conmigo mismo.

Y siempre he aplicado esta lógica y te digo, tengo 65 años y llevo más de 40 años trabajando en zona de guerra y todavía no me he llamado hijo de puta en ninguna ocasión. Hay que partir de ese principio fundamental de que tú estás haciendo un trabajo especializado, pero tienes los derechos inalienables de alterar nada, ni mentir como hacen algunos periodistas, ni transformar a víctimas de una cosa en víctimas de otra, como hacen otros periodistas con nombres y apellidos y te sorprendería de quiénes estamos hablando.

10. Finalmente, quería preguntarte ¿Qué responsabilidad crees que tiene el corresponsal de guerra a la hora de construir el relato sobre fenómenos complejos como la trata de personas?

La obligación de un periodista que esté trabajando en una zona de conflicto, que es una especialidad, es hacer las cosas rigurosamente. O sea, no puedes dejarte atrapar con la propaganda porque en la guerra, la primera víctima es la verdad. Tienes que ser muy cuidadoso para que no te den gato por liebre, te mientan, te engañen y te conviertas en el propagandista de unas ideas o de otras, de un relato o de otro relato. Y cuando tienes una duda, pues las preguntas 30 veces.

Te pongo el ejemplo de antes de los Balcanes. Tú estás entrevistando a una mujer violada, embarazada y que quiere abortar y le haces preguntas. Evidentemente, yo no estaba preguntando que me describiera cómo la violaron físicamente, pero le hice preguntas envolventes para saber muy bien si era verdad. Hasta que me di cuenta, claramente, por la forma de relatar las cosas, que esa mujer estaba contando la verdad pura y dura. Y dije: «Bueno, adelante, vamos con esta historia, esta historia es verdadera». Tanto Alfonso como yo nos dimos cuenta de cómo estaba siendo, de que esa historia era real, que no era una mentira, por la forma que tenía de relatarlo. Pero nos costó un poco llegar a esa conclusión, lógicamente.

Entrevista 2 – José de la Cuesta

1. ¿Has tenido la oportunidad de documentar, a través de tu cámara, situaciones relacionadas con la trata de personas?

En conflictos abiertos tipo Irak, Palestina y este tipo de cosas, trata de personas no he visto, pero donde sí lo he visto y muy descaradamente fue en el terremoto de Haití. En Haití eran 220.000 muertos en 50 segundos. O sea, un desastre natural terrible en plena ciudad, pero también había conflicto armado. De hecho, el pobre Haití siempre tiene conflicto armado. Durante el terremoto, quedaron muchísimos niños huérfanos y hubo una ONG a la que la pillaron con un avión privado llevándose cerca de 50 y tantos niños. Directamente, no sé si te sabría decir, pero existían muchas organizaciones disfrazadas de ONG de acogida, llevándose literalmente niños. En África hubo algunos casos también. Porque los propios trabajadores de las organizaciones se aprovechan de la situación y también forman parte de la locura. De hecho, yo esto no lo puedo confirmar porque no lo he vivido, pero en la guerra de Bosnia, en la guerra de los Balcanes, posterior a la guerra crecieron muchos prostíbulos para el personal de Naciones Unidas. Y no eran gente albanesa, muchas eran ucranianas o lituanas, pero yo eso no lo he visto.

A la hora de documentarlo, por ejemplo, en el caso de Haití hubo un momento en el que se crearon muchos campos de refugiados. Incluso dentro de la ciudad, en el propio Champ de Mars, empezaron a ponerse tiendas y se crearon campos de refugiados. Y ahí había muchísimo crío. Las ONG, unas con buena voluntad o sin ella, acogían a los niños, pero una vez que el niño lo ha sacado de su entorno a lo mejor el padre vuelve a su casa porque no le ha matado el terremoto y se la encuentra destruida y no hay nadie. Pero claro, no sabes si tu hijo está debajo de los escombros. En los primeros días nadie documentaba las cifras, se llevaban y se llevaban y se llevaban niños e ibas a un campo de refugiados y en una tienda había 15 críos. Los críos no sabían dónde estaban sus padres, pero tampoco se sabía si los padres habían fallecido. Debería haber existido un censo de todos esos niños que estaban en los campos de refugiados y sobre todo porque desaparecían, había niños que desaparecían. Y sí, claro que tengo fotos de los críos en los campos de refugiados, pero no específicamente para decir que este niño fue robado.

2. En el terreno, ¿qué dificultades enfrentas a la hora de captar imágenes sobre este

tipo de realidades? ¿Has sentido limitaciones éticas, editoriales o incluso personales al fotografiar a víctimas de explotación o violencia?

Primero, el que declarar que es un niño de la calle habría que tener muy garantizado. De hecho, te voy a contar otra cosa que nos pasó durante la expedición. Era una expedición y estábamos en Fez y vino un equipo de Telemadrid. La noche anterior, yo estaba haciendo fotos por Marrakech donde hay bandas de niños de la calle, bandas organizadas. Uno te distrae y el otro te está quitando la cartera. Además, te atacan y tienen en un punto violento. Yo cuando llegué por la noche lo conté porque a mí me pareció muy curioso, porque funcionaban como una manada de lobos. Había un líder, un macho alfa. O sea, funcionaban muy organizados. Me pareció esa sensación y lo conté.

Y al día siguiente estuvimos visitando una escuela, que nos habíamos movido a Fez. Y en un momento dado vino el de Telemadrid, que había estado todo el día perdido. Y nos dice que si podíamos enviar una pieza para un documental aparte de la expedición. Al leer la pieza vimos que pusieron fotos de los niños que habían estado de un colegio, que iban de uniforme. O sea, con el uniforme del colegio. Contó la historia que yo había contado, pero la había contado en privado y la cogieron textualmente y utilizaron las imágenes de los niños que nos habían acompañado por la mañana de un colegio, que no tenían nada que ver realmente. Yo les monté un pollo, les llamé de todo. Dije, para empezar, un niño lleva todo el jersey azul y la camisa blanca porque es el uniforme del colegio. Segundo, estamos en Marruecos. ¿Tú sabes cuántos familiares de estos niños estarán trabajando en España para que esta noche vayan a la tele a verla y se encuentre a su sobrino o a su hijo, al que tú le estás llamando drogadicto? Porque los niños de la calle se drogan y van todos con botes de pegamento.

Esto te lo cuento porque a la hora de tratar un tema infantil, yo ahí soy muy escrupuloso. O sea, te cuento lo que yo vi en Haití y sensaciones. Yo a los niños que sacaron del avión, de los gringos, no los fotografié. Fotografié a niños del mismo campo refugio del que habían sacado a esos. Pero tanto como para decirte, mira, te voy a mandar una foto de niños robados, porque no puedo poner una mano en el fuego. Luego de extracción de órganos sí he visto, de hecho, en República Dominicana había bastante. De matrimonios forzosos, también. Hice una campaña de Save the Children, un libro que se hizo con mis fotos. En donde más vi el matrimonio forzoso fue en Yemen e hice un reportaje de las madres y niñas madres. Niños Soldados también lo tapé, con una campaña así. Niños Soldados fotografiados lo tengo en Yemen, lo tengo en Irak, lo tengo en El Salvador, creo recordar, y en Guatemala.

Y luego, Niños Soldados, que no se cuenta... No soldados, pero sí armados hasta los dientes es en Israel. Son colonos, los hijos de los colonos. De hecho, ahora mismo recuerdo una foto, de dos niños colonos jugando en el muro las lamentaciones al yo te pillo, uno tendrá diez años y su hermanito doce y los dos llevan una AR-15 colgada en la espalda con dos cargadores cada uno. Eso no se cuenta, porque de los judíos no se cuenta mucho, o sea, no de los judíos, de los sionistas no se cuenta mucho. El problema de los sionistas colonos es que los niños van armados hasta los dientes. No se cuenta por el poder que tienen.

Por ejemplo, sí se ha acusado a las guerrillas colombianas y en El Salvador también lo he visto. En África, pues imagínate, en Sudán, en la guerra de Liberia, en la guerra de Ruanda, ahí sí se utiliza mucho a los niños. Particularmente en Liberia y en Sierra Leona fue gravísimo el tema de los niños. Ahí es terrible. De hecho, ahí hay muchas ONG intentando rehacer mentalmente a niños a los que hicieron auténticas barbaridades.

3. ¿Percibes que ciertos temas, como la trata de personas, tienen poca presencia visual en los medios, que no entran en el foco mediático? ¿A qué crees que se debe esa invisibilidad?

Sí, estoy seguro de que sí. Un país en guerra básicamente es donde toda la gente, hijos de puta del país, están armados y no hay ninguna legislación, tienes que hacerte el bueno sabiendo que este tío me puede matar. A mí me han parado en checkpoints, tienes que hacerte el bueno, fumarle un cigarro con ellos, aunque no fumes, hacerte el guay, pero sabiendo que este tío, me pega un tiro en la cabeza ahora, me roba las cámaras y los dólares y me tira en una cuneta y aquí paz y en el cielo gloria. O sea, si no me mata es porque no le da la gana. Lo mismo ocurre, por ejemplo, ya no con la trata, directamente con la violación. La violación es un arma de guerra. La utilizan, por ejemplo, en Bosnia las musulmanas, pues la amenaza de ser violadas es un arma de guerra para inmovilizarlas, para que no actúen, para que no se entrometan. En Congo la violación es también un arma de guerra, también lo era en Sierra Leona.

Y realmente en los medios se cuenta dependiendo de la zona. Por ejemplo, lo de los niños soldados resulta muy fácil o lo de la violación como arma de guerra. Es muy fácil ir a África y fotografiar a mujeres con los pechos cortados y cómo las amenazaron, cómo las violaron o cómo las utilizaron de prostitutas. El ISIS lo ha hecho mucho porque en el ISIS los combatientes solo son hombres y los secuestros, por ejemplo, los de Boko Haram, todas las niñas que secuestran no son para ser combatientes. Porque por su propia ideología, la mujer no

puede combatir. Pero, por ejemplo, la utilización que hace el ejército de Israel con las mujeres palestinas, pues no se cuenta. La humillación a la mujer palestina y eso sí lo he visto yo, en los checkpoints para pasar desde Jordania a Jerusalén. Tenerlas ahí y hacerlas levantarse el velo y levantarse la falda y que salga un soldado niño de 18 años israelí y se ponga a manosearla cuando es evidente que es una cría que está llorando delante de todo el mundo y se pone a registrarla habiendo tres mujeres soldado al lado riéndose, yo eso sí lo he visto. Pero eso no lo habrás visto tú en ningún periódico. Y eso no se cuenta porque, por ejemplo, el mayor accionariado del periódico *EL PAÍS*, las televisiones todas tienen financiación judía.

Es el sionismo el problema, pero es que son sionistas y ultraortodoxos los que están en el gobierno. Hay un organismo oficial en Israel que se dedica y además se los pone a sueldo, y tiene a gente por todo el mundo sean o no sionistas, estudiantes que se ganan un sobresueldo con el organismo. Consiste en investigar las redes y yo lo he sufrido. Por ejemplo, en cuanto publicas algo en tierra sobre ellos te bombardean a niveles que no te puedes imaginar, te tiras un mes recibiendo mensajes que te llaman mentiroso, te ponen a caldo, pero no te imaginas. Yo la primera vez que lo detecté fue saliendo de la guerra de Irak. No se podía volar entonces, tenías que salir de Bagdad en coche y cruzarte todo el desierto sirio en plena guerra, que además pasaban los aviones y a veces hasta te tiraban misiles. Tenías que cruzártelo hasta llegar hasta Amman y ya volar desde ahí. Y llegué, pero había perdido mi avión. Era un avión de Air Jordan Amman-Madrid, lo había perdido. Y el siguiente o me compraba un billete nuevo o lo cambiaban por un billete de un avión que salía cuatro días después. Y yo dije bueno, me quedo descansando aquí en Amman, me voy al mar Muerto o a bucear. Y leyendo un periódico, el *Jordan News*, leo que hay un arqueólogo jordano que leyendo la Biblia se dio cuenta de que mantenía que el bautismo de Jesús había sido justo enfrente de Jericó, pero en el lado jordano del río Jordán. Me interesó y busqué a este tío, le localicé y me recibió. Cómo es una zona conflictiva me llevaron los paracaidistas jordanos, porque era una zona toda llena de minas. Allí conocí al tío, y no te imaginas, el tío había excavado y había encontrado desde la cueva del profeta Elías a la cueva donde vivía Juan Bautista a pilas bautismales. El tío había descubierto que efectivamente ese fue un lugar muy importante en el siglo I y cuando yo volví, lo fotografié, lo fui a contar y me lo publicó *Geo Alemania*, una notita pequeña, *National Geographic* una notita más pequeña todavía y el *Hola España* en una sección que tenía de viajes. Solo con esos tres artículos que se publicaron, que ya te digo que no hay portada en ningún lado y a mí me parecía un tema importantísimo. Solo con esos tres artículos me empezaron a acribillar porque los israelíes tenían un negocio montado en Galilea de llevar a

todos los cristianos, los metían en el río y los subían vestidos de blanco y costaba mil dólares y esto les jodía. Lo que te estoy contando ahora te lo puedo contar porque Juan Pablo II fue a bendecir el lugar en su viaje a Tierra Santa y lo bendijo como el lugar del bautismo de Jesús. Y yo decía, joder, pero tanta gente acribillándome a mensajes, me escribían de Holanda me escribían, de Estados Unidos, de España y entonces me lo contaron y me dicen que todo lo que sea una crítica a Israel no sale. Me dijeron que era un organismo oficial dentro del ministerio de asuntos judíos o algo así y luego en posteriores viajes al conflicto de Palestina cada vez que he publicado algo te ponen verde. Está todo muy organizado para cuidar mucho la imagen y es muy difícil criticarles.

4. ¿Crees que el fotoperiodismo tiene la capacidad de influir en la agenda pública o política? ¿Has vivido algún caso en el que una imagen generara debate o cambios sociales?

Sí, en una ocasión lo conseguí. No mucha gente lo consigue, soy un privilegiado. Todos los que nos dedicamos a esto soñamos con cambiar algo, normalmente no se consigue. Lo que sí es seguro es que sin informarlo sería peor. Yo sí lo conseguí. En mi caso concreto fue en la Guerra Civil de Guatemala. Me contaron de repente que, en la época de Ríos Montt, se declaró la táctica de tierra quemada y entraba en las poblaciones y arrasaba. Entonces, muchos campesinos mayas huyeron a la selva dejando sus poblaciones y de esta gente no se había vuelto a saber nada. Un día hablando aquí con gente de la Asociación por Derechos Humanos, me cuenta un amigo que habían contactado con un cura que de repente se había encontrado en mitad de la selva a un tipo andando y le dijo que era de los CPR, que eran Comunidades de Pobladores en Resistencia. Y dijo: «¿Pero eso qué es?» Y era guatemalteco el cura. Y le respondió el de la CPR: «Pues la gente que huimos hace como 15 años». Pero a esta gente que huyó se les había dado por muertos hace muchos años.

Entonces, me propusieron ir allí a ver si esa gente de verdad existía. Estaban en mitad de la selva del Quiché y tenía que ir en helicóptero. Pero los únicos helicópteros que había en esa zona eran del ejército de Guatemala. Entonces, con la presión de la Asociación de Derechos Humanos de España y algunas asociaciones de allí de Guatemala estuvieron presionando y al final me dijeron que me iban a llevar. Estaba viendo la tele la noche antes en la que yo me iba a montar en un helicóptero civil y el propio presidente de Guatemala dijo que cuidado con esos extranjeros que se iban a visitar a los terracos que era muy fácil que su helicóptero lo bajara. Terracos es como allí llamaban terroristas, a la guerrilla. Yo me quedé así un poco frío

y de repente vino el nuncio del papa de Guatemala. Y me dijo: «Mañana vuelo contigo». Por orden de la gente de aquí. Y yo dije: «¿Eso por qué?» Dice, «porque te van a derribar el helicóptero y yendo alguien como yo es más difícil».

Entonces llegamos allí y había una población de más de 15.000 seres humanos civiles. En su mayoría, mujeres, niños y ancianos. Algún jovencito cojo o con muletas, lo cual me hacía sospechar que era algún miembro de la guerrilla, de la URBG, que pasaba a descansar ahí. Lo que sí es cierto es que esta gente llevaba sobreviviendo en mitad de la selva 15 años en zona de la guerrilla. Porque cuando vivían en la zona del gobierno, los mataron. Tuvieron que huir.

Cuando vuelvo, lo tuve en *Interview* como un par de semanas, muy interesado. Pero un día me llamaron y me dijeron que no lo iban a sacar, «es que tenemos demasiadas cosas de indios», esa fue la respuesta. Esto es un drama social de una población civil no combatiente que está siendo atacada. Tras intentarlo, no me lo publicó nadie y entonces me lo pidió la Asociación por Derechos Humanos, que tenían una revista. Lo publiqué gratis. Vamos, no me pagaron un duro porque ni lo tenían, ni yo les iba a cobrar. Era una revista que se distribuía en Naciones Unidas, en Nueva York. Y allí la vieron. Entonces organizaron una comisión en la que además fueron dos diputados españoles. Volaron donde yo había estado, lo certificaron y declararon a la CPR Población Civil No Combatiente, con lo cual el ejército guatemalteco tuvo que dejar de ametrallarles. Y eso sí creo que fue un poco gracias a la historia. El único reportaje que no conseguí vender fue el que sí consiguió generar un cambio.

5. Cuando retratas una historia, ¿sientes que tienes libertad para encuadrarla a tu manera o estás condicionado por la línea editorial del medio para el que trabajas?

Te presionan para seguirla, siempre lo he pensado. Muchas veces me dicen, vas a sacar así a la víctima y yo pienso que de ser víctima no hay que avergonzarse, que se avergüence el victimario no la víctima. Yo nunca me escondía en las cámaras. Y si alguien me hace así con la cara y me sonrío, me doy por autorizado a sacarla. Cuando entras en un campo de refugiados, me ha pasado lo mismo. Me dejo ver, o a lo mejor levanto la cámara o algo así, y si la gente se gira y sigue haciendo su vida, yo me pongo a hacer fotos. Yo no creo que haya que avergonzarse de las víctimas. No se tiene que avergonzar de ser víctima. Nos tenemos que avergonzar los que permitimos que eso ocurra. Yo siempre lo he visto así. No contarlos es mucho peor.

Pero cada historia es tratada diferente. Cuando pasó lo de Lady Di, secuestraron todas las

imágenes de Lady Di estrellada en el coche. Pero todos los días vemos gente estrellada en coches y nadie las prohíbe, o muertos en las guerras de África, o muertos ahora en Gaza. Nadie dice: «Ay por Dios, un niño muerto, no lo saques». Y en cambio, Lady Di, que era una mujer con un cargo público, viviendo de dinero público, y que tenía trascendencia pública, es decir, a esa sí que había autorización para sacarla. Ahí, se secuestraron las fotos y a los cinco fotoperiodistas, que eran los que iban en la persecución, los tuvieron preprisioneros bastante tiempo. Así que sí, depende de quién y del contexto, se puede sacar a una víctima o no. Básicamente no el contexto, el dinero que tenga o el poder que tenga.

De todas maneras, yo nunca he sido muy charcutero. Ni en los conflictos abuso de ir a primera línea. El bambán no me atrae. El bambán hay que hacerlo porque evidentemente es la noticia, pero siempre he considerado que donde hay dos bandos disparándose, hay culpables en los dos bandos del conflicto. En cambio, la gente de retaguardia, los civiles, es lo que me interesa más lo que ocurre en los campos refugiados, que la calle la hayan conseguido tomar este bando o la hayan recuperado en otro bando que al día siguiente van a volver a perderla. Al final todo eso es un juego muy peliculero. El bambán, los soldados, la parafernalia del tío lleno de armas y cargadores, pero el drama real yo siempre considero que está en la población civil. Y no es solo los efectos que está teniendo en la población civil ahora sino también en el futuro.

6. Aunque no hayas trabajado directamente con casos de trata, ¿qué elementos crees que hacen que una historia logre atención mediática? ¿Qué hace que una imagen entre en agenda?

Pues ojalá lo hubiera sabido y no hubiera ido a tantas guerras que no hubiera podido publicar ni una foto, pero es verdad que hay guerras de moda como Ucrania o Gaza. Pero de la de Sudáfrica nadie se acuerda, de la de Yemen nadie se acuerda. Además, el otro día, que Estados Unidos bombardeó Yemen, si te das cuenta la noticia es que un miembro del gobierno de Trump publicó en una red social los planes de ataque. ¿Pero has leído en algún medio? ¿cuántos muertos suben ese ataque? Eso no ha importado, ¿no? Todavía hoy, una semana después, se habla de que están despidiendo al que publicó en la red social *The Signal*, que era un secretario de Estado. Pero nos preocupa el problema dentro del gobierno por la filtración. Estamos hablando de un bombardeo a una capital y no nos hablan de eso.

7. Finalmente, ¿Cómo gestionas el equilibrio entre informar, denunciar y respetar la dignidad de las víctimas?

Denunciar e informar creo que van juntos. Pero sobre todo es muy, muy, muy importante el rigor. Antes, hablando de Palestina, por ejemplo, he dicho que yo, a nivel personal, soy propalestino. Pero eso no me hace querer que Hamás gane porque no son buena gente y ojalá nunca ganen. Por eso, la objetividad es algo que se debe buscar, pero no se tiene. Eso es el rigor. Y creo que si informas con rigor estás denunciando. Solo son noticias, las malas noticias. Y en las malas noticias siempre hay algo que denunciar.

Y respecto a la dignidad, pues tiene que ver con la forma de ser y el gusto de cada uno. De esto que te he contado de Guatemala, por ejemplo, la noche que ametrallaron, mataron a un niño. Y yo hice una foto, de hecho, se publicó en la revista. El niño estaba ahí, llevaba un rato y llegó la madre, y llevaba una tela roja y se la echó encima hacia el niño, pero se dejó los dos piecitos fuera. Y ahí yo disparé. No sé por qué todo el mundo que ve esa foto sabe que el niño está muerto y es una foto de un trapo rojo del que sobresalen dos piecitos completamente limpios. A mí me encanta esa foto porque todo el mundo que la ve sabe lo que yo quería contar y no se ve una gota de sangre. A mí me gusta contarlo así. Me como mucho la cabeza. A mí no me gusta la charcutería, charcutería le llamo a las fotos demasiado horrendas. No creo que provocar asco ayude a la renuncia o a la información. No lo creo.

Aunque hay gente más salvaje y que hace bien su trabajo. Por ejemplo, Corinne Dufka, que la conocí en el Salvador, era salvaje. Yo recuerdo una foto suya de Sierra Leona de un chico bailando con una cabeza cortada chorreando sangre. Pero no diría que era mala fotógrafa. De hecho, considero que es de las mejores fotoperiodistas que he conocido. Pero yo no hubiera hecho esa foto. Hubiera hecho las mismas fotos, pero le hubiera dado la vuelta. Haití es un ejemplo. No hay ninguna foto mía que creo que se te revolviere el estómago. Es otra manera de contarlo. Evidentemente hay cadáveres, pero creo que la foto más dura era un niño en una escuela derrumbada en la que había dos clases enteras debajo y de una sobresalía un piececito con un calcetín. Y fotografié el pie saliendo de las ruinas. Creo que con eso bastaba. Es mi forma de ser. Pero es muy personal. Yo creo que para respetar la dignidad basta con no revolverle el estómago al público.

Entrevista 3 – Mikel Ayestaran

1. ¿Has informado o presenciado situaciones relacionadas con la trata de personas en contexto de conflicto?

Pues la verdad es que, en los contextos en los que yo he estado, no mucho. Quizá haya sucedido,

pero yo no he sido testigo. En Oriente Medio no he visto mucho. Sí he podido observar matrimonios forzosos en Afganistán, pero siempre cosas puntuales, tampoco casos masivos. Más bien casos puntuales en zonas muy deprimidas por motivos puramente económicos.

2. ¿Alguna vez has sentido que ciertos temas importantes quedan fuera del foco mediático? ¿Por qué crees que ocurre?

Constantemente, el foco mediático es muy selectivo. Hay muchos más conflictos que no están en los medios que los que están. Yo no soy el que marca la agenda, pero normalmente nos interesan más si hay intereses nuestros en juego, si hay ejércitos occidentales en un conflicto o si nos ejerce algún tipo de repercusión económica en nuestros bolsillos ese conflicto que existe a miles de kilómetros. Me viene a la cabeza lo de Yemen, por ejemplo, normalmente nadie sabe nada de Yemen hasta que los hutíes empiezan a subir los precios. En ese aspecto, sí que hay conflictos que están olvidados y que en cuanto nos toca el bolsillo, nos acordamos. Es un factor importante; el factor económico a la hora de ponerlo en el foco. El otro factor importante es cuando hay tropas internacionales. Me acuerdo de Irak o Afganistán. Cuando había presencia militar internacional nos interesaba, en cuanto se retiraron las tropas internacionales ya no hay apenas artículos, nos empieza a dar igual. En general o interés económico o presencia militar.

3. ¿Crees que es posible transmitir una historia impactante sin caer en la espectacularización del sufrimiento?

Hoy en día, el periodismo está mucho más dirigido al corazón que al cerebro y eso es uno de los problemas. Tenemos que intentar también dirigirnos al cerebro. Por supuesto, el corazón es fundamental, pero sin olvidarnos del cerebro. Por eso a la hora de cubrir una historia de este tipo, es importante también no olvidarte del cerebro.

4. ¿Cómo gestionas el equilibrio entre informar, denunciar y respetar la dignidad de las víctimas?

El equilibrio siempre es la honestidad. Trabajar con honestidad es la clave. Tratar a los protagonistas de mis historias como los trataría si fuera mi madre. Yo no hago las fotos que no me gustaría verle a mi madre, siempre abogar y abordar cualquier tipo de situación desde la experiencia que me da mí el periodismo local. Al final da igual que estés en Madrid, que en

Kabul que, en Bagdad, la clave es eso trabajar con honestidad, tratar a la persona como si fuera tu madre y apelar al periodismo local como la madre de todos los periodismos.

5. Finalmente, quería preguntarte ¿Qué responsabilidad crees que tiene el corresponsal de guerra a la hora de construir el relato sobre fenómenos complejos como la trata de personas?

En mi caso yo estoy a miles de kilómetros de mi casa, con lo cual mi responsabilidad es tender un puente para hacer la información posible a la gente que está al otro lado. Yo lo que tengo que dar es herramientas a la gente para que entiendan un conflicto o una problemática, pero luego cada uno es el que tiene que hacer sus propias ideas, tener sus opiniones, valorar y sacar sus conclusiones. Mi responsabilidad es tender ese puente y darle herramientas a la gente para que entienda mejor el mundo.

Entrevista 4 – Ángel Sastre

1. ¿Has tenido ocasión de informar o presenciar situaciones relacionadas con la trata de personas en contextos de conflicto armado?

Aparte del artículo que te envié de prostitución, también en el tema de trata de personas vi como niños estaban en una especie de granjas, esclavizados con los padres. De hecho, un niño murió porque había barriles llenos de sangre para ahuyentar a las moscas y uno de ellos estaba envenenado. Entonces, el niño con la mano chupó el agua y murió y estalló el escándalo. En las zonas del norte de Argentina hay mucha trata de personas también, paraguayos, bolivianos... Entonces, ahí es cuando empecé a hacer trata. Es el tercer negocio que más dinero mueve después de las drogas y las armas. Y yo digo que siempre el conflicto abarca un amplio panorama de temas y uno de ellos es la trata. La prostitución infantil también la he tratado en Iquitos, de hecho, me invitaron a irme de Perú por el artículo. Con la trata de menores, que es el paraíso de la prostitución, vi mucho porque la gente indígena se inicia muy pronto y es muy vulnerable, los traen de las aldeas y hay muchísimo turismo sexual.

En el tema de matrimonios forzados he podido hacer dos cosas. Una en Bangladesh, en el campo de refugiados de Cox's Bazar. Es un campo de refugiados donde hay un millón de desplazados que huyeron de las matanzas de los birmanos y se encuentran allí en condiciones infrahumanas, porque es un caos y es un micromundo. Grabé dos matrimonios forzados musulmanes y uno hindú. Están en muchísimas partes del mundo, pero donde más fuerte me

impactó fue en Afganistán. En Afganistán pude hacer un reportaje que lo hice en prensa en EL PAÍS y lo hice en tele, sobre el tema de la venta de las niñas para casarse en matrimonios. Fui a las aldeas de Kandahar y de Helmand y vi cómo no me costó mucho encontrar niñas, incluso recién nacidas, que eran puestas a la venta, muchas veces por deuda de juego, etcétera. Pero simplemente, tal y como está la situación con los talibanes en la situación humanitaria, han dejado de recibir la ayuda internacional. La situación es calamitosa, aunque es una práctica que ya existía antes y que está muy extendida. Conocí un montón de niñas que ya estaban puestas a la venta, que ya habían sido vendidas, ya faltaba que vinieran a por ellas. Es un tema terrible.

2. ¿Cuál ha sido la historia que más te ha impactado de las historias que has podido ver?

Esta, la de las niñas, porque cuando yo tuve que entrevistar a las niñas y a los padres, y cuando me mostraron a la niña recién nacida, no la mostré en la tele porque me parecía muy fuerte. La verdad es que estuve días bastante perturbado, porque yo pensaba que me iba a costar más encontrar este tipo de situaciones. Vi que eran muy extendidas en las aldeas y eran niñas y los padres las mostraban sin ningún tipo de tapujo. Y decían que es una práctica común, el marido suele ser mucho mayor que ellas, y ellas se casan incluso siendo menores, aunque el matrimonio no está permitido hasta los 16 años en Afganistán, se casan con 13, 14 años, con hombres de 50 años. Entonces, cuando vi esa venta, esos niños y el futuro que ya lo tenían marcado por haber nacido allí. La verdad que ese tema a mí me impactó mucho.

3. ¿Qué dificultades encontraste al intentar cubrir este tipo de situaciones?

Son muchas las dificultades, porque quieres llegar al otro lado. Por ejemplo, en el de la trata de mujeres, intenté que fueran todos protagonistas mujeres que luchaban contra la trata. Ahí llegué a policías, llegué a una monja, llegué a una mujer que se hacía pasar por prostituta para desenmascarar diferentes redes de prostitución. Lo que no llegué a hablar nunca es con proxenetas, aunque yo en muchos reportajes sí que intento buscar todos los lados, no he hablado con proxenetas. Tienes que llegar a través de, por ejemplo, refugios donde las mujeres maltratadas o víctimas de tratas se refugian, ahí puedes conseguir entrevistas. Las fotos que tomamos de prostitución en la calle tenían que ser en un coche oculto, sin que se les viera la cara, es muy difícil llegar a una prostituta. Tienes que llegar generalmente a una prostituta que está en rehabilitación, que se ha salido de una trata. Estamos hablando de esclavitud en el siglo

XXI, la trata no sólo sexual, sino la trata de personas. Hay millones de personas que están esclavizadas. Yo también lo he visto, ese tema del trabajo esclavo en el Amazonas, y me impactó también mucho en los aserraderos, en los madereros ilegales, en lo profundo del Amazonas. Yo he visto gente con cadenas, que los tienen trabajando en los aserraderos, muchos indígenas y en Brasil, y es increíble cómo Brasil tiene un grave problema también de trata.

Pero la verdad es que la producción es lo más complicado, el llegar hasta ahí. Generalmente lo haces a través de ONG, organizaciones, que son las que están trabajando sobre el terreno, entonces ellos deben tener mucho cuidado con la víctima que quiera hablar, porque es un tema muy sensible y puede reabrir heridas. Es un tema muy delicado. Sobre todo con los menores, tienes que protegerlos. Las entrevistas pueden abrir heridas, hay gente que tiene ganas de contar la historia, pero otros que no, y luego sobre todo por eso a través de organizaciones, incluso de la iglesia. También he hecho temas de los transexuales, también he hecho bastantes temas, hay también explotación.

A nivel de seguridad te enfrentas a mucho también. Ten en cuenta que yo he conocido a madres coraje, que están en sus propios comedores populares albergando mujeres. Cuando tú sacas a una mujer de una trata, que suelen ser tratas muy poderosas y con mafiosos, te enfrentas a que la propia mafia te envíe a sus matones a recuperar a sus chicas. He visto también que por ejemplo la policía en algunos casos es corrupta. Son países muy vulnerables, en Argentina y en estos países, el propio departamento anti trata es corrupto, lo tienen que dismantelar porque los propios policías estaban trabajando con los proxenetas. Es un tema muy delicado y la seguridad... ya te digo que yo he pasado miedo haciendo algunos de esos reportajes.

En los países más vulnerables es donde más prostitución y trata hay. Pero bueno, yo he ido de mochilero a Tailandia y he flipado con la prostitución que había. En Cuba igual, bueno, en Cuba es que lo hacen para sobrevivir. Hay un debate que he tocado varias veces, que yo no me posiciono mucho. Bueno...sí me posiciono sobre los abolicionistas y los no abolicionistas de la prostitución. Prostitutas incluso que defienden que hay que legalizar la prostitución porque de esta manera se acabaría con la trata. E incluso exprostitutas y gente que opina que no hay que legalizarla porque al final se denigra el cuerpo femenino. Y la prostituta, aunque no lo crea, aunque sea libre y no tenga un proxeneta detrás, acaba teniendo unas secuelas terribles. Y yo lo he conocido y estoy a favor de que no se legalice porque realmente incluso la prostituta que diga que no le afecta, acaba teniendo secuelas psicológicas.

4. ¿Crees que ciertos temas importantes, como la trata, quedan fuera de la cobertura mediática habitual? ¿A qué lo atribuyes?

El tema de trata no es un tema que se trate mucho los medios, para mí es un tema sumamente interesante. No es un tema muy mediático, son las grandes olvidadas. Se habla mucho más del narcotráfico y del contrabando y de todo esto. Mientras que yo creo que en los países de América Latina son verdaderamente redes de esclavitud. Hay un caso que me estremeció, es el de Susana Trimarco, que era una niña que desapareció, que la secuestraron... Porque en Argentina secuestran directamente a las niñas, las meten en furgonetas y las llevan a prostíbulos. Susana Trimarco desapareció y su madre se hizo pasar por prostituta, cree que localizó el prostíbulo donde estuvo, se enteró de que estuvo embarazada y cree que está enterrada en algún lugar. Pero le costó mucho, a mí me estremeció mucho cuando fui a un refugio, un comedor, en donde había madres que habían perdido a sus hijas en la trata. Estaba la habitación llena de fotos de desaparecidos y decían que ibas a las autoridades y le hacían un seguimiento, a lo mejor de un mes, dos meses, pero después desaparecían de la órbita y no se vuelve a saber de ellas. Entonces es muy importante darle visibilidad, creo que los medios todavía no han hecho su papel adecuadamente.

No se habla de estos temas porque yo creo que no interesa mucho a la gente, ya de por sí el conflicto no interesa, la gente no quiere ver sus miserias. También hay mucho consumo de prostitución y la gente no se quiere para a pensar qué está haciendo cuando parece ser que no lo ven cercano. Sencillamente es que la gente muchas veces no quiere conocer el lado oscuro de la realidad, prefiere quedarse en su oasis y estar más preocupado de la economía, Donald Trump, etcétera, que de las miserias que ocurren. Porque a la gente, si no le toca de cerca, no muestran interés y parece que estuviera pasando en otro mundo. Los medios al final no dan dinero para este tipo de historias. Fíjate que las historias de este corte en EL PAÍS deberían tener más cabida, pero casi todas acaban en la sección de Planeta Futuro. La sección de Planeta Futuro es una sección que es altruista, porque la financia Bill Gates, entonces es una fundación que trata todos estos temas que no tienen cabida los medios tradicionales. Al final tiene que venir una fundación o una organización a pagar al medio para que dé espacio para este tipo de temas. Porque si no, no serían tratados en un medio común. Planeta Futuro, es donde más publico porque son todos temas relacionados con el conflicto que no tienen cabida, no tienen espacio en el medio impreso, en el diario. Fundaciones como la de Bill Gates, también tienen una sección en The Guardian, han pagado a periódicos para que abran un espacio para que se

publiquen estos temas, porque ven que si no, no tienen cabida. Y estamos hablando The Guardian y EL PAÍS, que son dos referentes del buen periodismo.

Yo creo que hay una obligación. El periodismo no es solo dinero, entonces yo creo que no solo con la trata, con el cambio climático, con todo lo que abarca el conflicto, yo creo que tiene que haber una obligación de los medios. Yo creo que los medios tienen dos funciones básicas, que una es investigar y otra es denunciar y las secciones de investigación cada vez se están volviendo más con la precariedad, se están volviendo más limitadas. Entonces, yo creo que los medios tienen la obligación, porque Planeta Futuro al final, casi siempre tienen una sección en internet abajo que no lo lee nadie. A veces en el semanal hacen buenos reportajes, porque yo creo que da prestigio también, saber que de vez en cuando sacan buenos reportajes de África. Pero yo creo que los medios deberían tener una obligación y una conciencia. Yo creo que ahora que se está haciendo tanta limpieza porque ha habido una crisis importante, los medios los que van a sobrevivir serán los que inviertan en internacional y en este tipo de conflictos como sello de calidad. Yo no compraría un diario si no hubiera espacio para esto.

5. ¿Qué se puede hacer para que se hable de estos temas?

Hay medios como 5W que han empezado por apostar por el periodismo de este tipo. Hay periodistas que están montando medios. Os toca un poco a los jóvenes utilizar las nuevas tecnologías, todo el periodismo que ya es interactivo. Os toca encontrar un nuevo enfoque, crear nuevos medios que se preocupen de este tipo de cosas, medios que sean independientes, libres y rentables, que es lo difícil. Os aconsejaría que os mováis por la pasión y por la intuición que os mimeticéis con la víctima. Yo siento su dolor cuando estoy haciendo los reportajes entonces yo lo muestro con ese respeto y las víctimas sienten esa cercanía. No soy un mero mercenario que va a absorber sus almas y venderlas con su historia. Lo más importante es empatizar con la historia y mostrar su dolor. Ser buen periodista y una buena persona. Mostrarlo y darle voz. Los códigos éticos son los códigos humanos que uno siente. Yo no dormía tranquilo hasta que la historia se publicaba porque sentía que era mi deber.

6. ¿Crees que el periodismo de guerra tiene la capacidad de influir en la agenda pública o política? ¿Has vivido algún caso en el que un reportaje generara debate o cambios sociales?

No, yo lo único que vi es que en Perú me echaron del país, porque Iquitos se aspiraba a ser la séptima maravilla y le hizo muy mala publicidad, y en Afganistán me han denegado el acceso

al país. Ya no puedo pasar por el reportaje que hice, que fue portada en EL PAÍS. Luego hubo una polémica porque salía la foto de la niña sin pixelar y hubo gente que se quejó pero yo creo que en ese tipo de reportajes tienen que ser crudos y reales. Fíjate la situación de las mujeres en Afganistán, es tremenda. No tienen derecho a nada y realmente, como es un país que no admite prácticamente las visas, las mujeres están perdidas allí. Entonces yo creo que, como te decía, los medios tienen que tener un deber. Lo que pasa es que los países mismos cada vez censuran más y es más difícil acceder a este tipo de temas, porque no le haces buena publicidad al país cuando publicas este tipo de cosas. Pero siempre la trata es lo más perjudicado, es lo último de lo que se ocupa.

Además, hay gobiernos como el de Miley en Argentina que ha deshecho el Ministerio de Igualdad. O sea, está habiendo retrocesos también. La mujer está siendo más vulnerable en algunos países. Gracias a los medios ha habido leyes que se han cambiado. En Argentina hubo una ley de trata gracias a todos los escándalos que surgieron que había ramificaciones con el poder. Yo he conseguido traerme a algunas niñas de Afganistán como refugiadas, mostrando los reportajes que hice, pero a veces te sientes un poco desmotivado porque ves que tus reportajes son una gota en el océano, no son suficientes. Te sientes un poco un mercenario que va allí, que capta las historias y luego se desenvuelve. Aunque yo intento hacer un seguimiento de ellos.

7. Cuando retratas una historia, ¿sientes que tienes libertad para encuadrarla a tu manera o estás condicionado por la línea editorial del medio para el que trabajas?

No, lo que tienes que tener es delicadeza con los menores. Yo no he sentido ninguna presión en este tipo, yo he sentido más presiones, por ejemplo, con temas de Venezuela, donde sí que había un mayor posicionamiento político. Sí que he sentido presión con temas de Palestina, porque había lobbies judíos en los primeros reportajes que hice en Palestina. Me costó publicarlos en algunos medios, como La Razón y Reforma de México, porque había lobbies judíos. Pero con la trata no he tenido ese problema. Me ha costado más encontrar espacio e interés. En el caso de Reforma de México, un grupo del empresariado era judío. Entonces, tienen un lobby y en Estados Unidos pasa igual. Me acuerdo cuando hubo la última matanza de 400 muertos en Palestina. El único diario que abrió con ello en primera plana fue EL PAÍS. Y eran 400 muertos después del alto al fuego.

Generalmente las historias que hago es porque yo voy a buscarlas, pero yo los encargos que

tengo son más de política y luego yo aprovecho el gancho de la actualidad, de la política, para hacer los temas que a mí me interesan más. Por ejemplo, yo aprovechaba mucho el gancho de las elecciones, de la primera y la segunda vuelta. En América Latina hay dos vueltas y con esa excusa metías un tema. Y luego en agosto, cuando menos temas hay, porque no hay política, ahí puedes colar más temas.

8. ¿Es posible, desde tu punto de vista, narrar historias duras e impactantes sin caer en la espectacularización del sufrimiento? ¿Cómo lo gestionas en tu trabajo?

Claro: sin caer en el morbo. A veces te encuentras historias muy fuertes. Sobre todo, el tema de menores. También me encontré historias de mujeres que habían escapado de la trata y estaban en un refugio católico y a veces tienes que tener cuidado. El cuidado es un baremo que tiene que tener el periodista, que pillas con la experiencia de cuándo cae el sensacionalismo y cuándo es necesario mostrar la historia tal y como es. Es difícil ponderar la balanza.

9. ¿Cuál dirías que es el perfil de las víctimas?

Yo siempre que voy a un país busco a las mujeres y los niños porque suelen ser los más expuestos. También he hecho mucho indigenismo. Yo creo que generalmente las víctimas suelen tener un perfil y es la gente más pobre. Un perfil en donde son personas muy humildes, suelen ser mujeres aunque también he visto muchos hombres y niños explotados, mucha pederastia. Tienen un perfil de personas que arrastran unos traumas tremendos. El perfil que yo he visto es el que generalmente retratamos todos porque es el que hay: es una mujer joven que ha sido esclavizada o un trabajador indígena que ha sido esclavizado. Las víctimas son los sectores más vulnerables. Toda gente bastante joven e incluso niños.

10. ¿Cómo gestionas el equilibrio entre informar, denunciar y respetar la dignidad de las víctimas?

Generalmente las mujeres quieren que le cambies el nombre. Algunas no quieren salir con el rostro. Con el tema de los niños en Afganistán yo tuve un dilema. Yo los saqué muy de frente, muy de cerca y claro, hubo gente que se quejó. Pero yo es que creía que se debía mostrar. Ya te digo que al recién nacido no lo saqué porque me parecía muy fuerte. También he tenido esos dilemas cuando he hecho desnutrición en Afganistán porque había escenas muy fuertes en el hospital de reanimación, lo llaman, donde llevan a los niños casi en coma desnutridos. Eran tan fuertes las imágenes de los niños que muchas de ellas no las saqué. Estuve un día entero

tachando imágenes que eran demasiado fuertes de niños desnutridos en las camas. La experiencia del periodista te la da para no caer en esas tentaciones que tenemos.

11. ¿Qué responsabilidad crees que tiene el corresponsal de guerra a la hora de construir el relato sobre fenómenos complejos como la trata de personas?

Yo siempre lo he tenido claro. A mí casi siempre me enviaban a cubrir elecciones. Yo era corresponsal de América Latina y después empecé a cubrir otras partes del mundo. Entonces, yo cuando llegué a un país que vi que tenía muchísimos conflictos, yo hacía mi parte de política, que también me interesa, por supuesto, y enseguida iba a buscar el conflicto: las desigualdades, la trata, el tema del género, la infancia, las mujeres, el tema narco, las pandillas... Yo creo que el corresponsal tiene la labor de no solo quedarse en la superficie por eso yo siento admiración es por los periodistas que investigan. Los medios tienen que tener medios, valga la redundancia, para tener a un tipo o un equipo un mes, dos meses, medio año, haciendo una investigación para que saquen un reportaje. Pero gracias a eso se han destapado escándalos de pederastia, de ultras, de muchísimos casos de corrupción... Si no fuera por los medios, yo creo que sin ellos no tendríamos ninguna contraposición contra el poder.

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Comunicación Internacional.

Por la presente, yo, Marta Donat Durá, estudiante de Comunicación Internacional de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado «Periodismo en zonas de conflicto: la cobertura de la trata de personas desde la mirada de los corresponsales de guerra» declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros y documentos:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Verificación de coherencia textual:** Para confirmar la correcta relación entre los conceptos y párrafos que se plantean en el trabajo.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 30 de abril de 2025

Firma: Marta Donat Durá

